Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIII — San José, Costa Rica — 1931 — Sábado 8 de Agosto — Núm. 6

Año XII. No. 550

SUMARIO

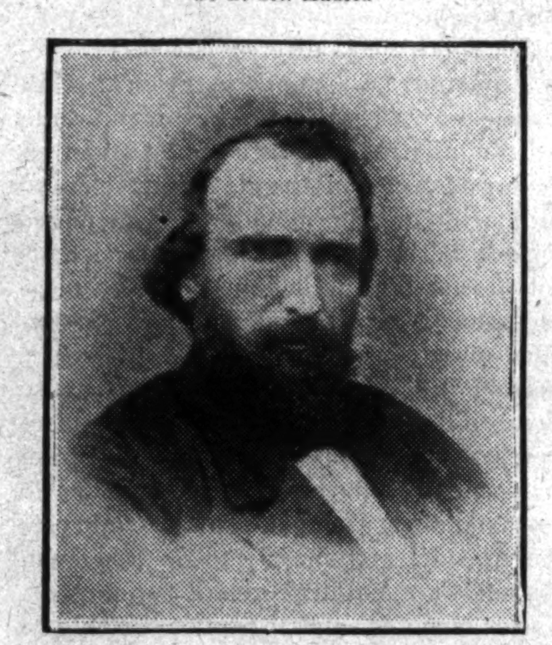
Federico Amiel: Un estudio sobre la timidez

Texto taquigráfico de la conferencia del Dr. don Gregorio Marañón en la Residencia de Estudiantes sobre la evolución del instinto sexual en los tímidos

= De *El Sol*, Madrid =

Muchas veces nos ha ocurrido a todos, al llegar a una ciudad lejana y desconocida, que después de haber leído su historia, es decir, su vida externa y oficial, ignoramos del todo lo que quizá nos interesaría más a quienes amamos de la vida no su superficie agitada, sino el curso profundo que no está descrito en ningún libro, y donde sin embargo, funda sus raíces. Algo parecido nos sucede cuando tratamos de descubrir el alma humana al través de la vida de los hombres. Leemos para lograrlo la vida de los príncipes, de los héroes y de los genios, esto es, de los llamados hombres representativos, que, precisamente por serlo, no representan sino cimas agudas de la especie. Son valores completamentarios, pero no arquetípicos de la Humanidad oscura, que silenciosamente hace marchar al mundo. En cambio, alguna vez cae en nuestras manos la biografía o el diario de un hombre que fue como todos los demás, un hombre no representativo; por ejemplo, el caso de un simple pedagogo de Suiza, país de padagogos, que pasó su vida sin pena ni gloria, y a quien sus contemporáneos le tuvieron por un ser vulgar, llegando incluso a decir que era un cretino. Y allí saben muy bien lo que esta palabra significa. Para sus alumnos era ese tipo del profesor que servía de blanco en las horas mortales del estudio. Publicó versos y artículos, reconocidamente mediocres. Tuvo varios amores de un platonismo de solterón de casa de huéspedes, y al fin, murió como cualquiera, tras una larga temporada de toses y de ahogos, rodeado de pócimas y asistido por unas cuantas mujeres afectuosas.

Federico Amiel.—Pero he aquí que este hombre, que se llamaba Federico Amiel, había escrito día por día un diario, que alcanzó 16,000 páginas, en el que no tuvo ocasión de anotar nada heroico, nada extraordinario, sino los mismos incidentes grises que llenan la vida de cualquiera, sus



Federico Amiel

discretas ambiciones, la fluctuación de su espíritu ante las horas y las estaciones, las miserias de su organismo, las tempestades en el vaso de agua de su instinto, iguales, a las de todos los demás hombres; nada, en suma. Pero en su insignificancia estriba, sin embargo, la ventana anónima de la calle estrecha que nos enseña un interior mediocre, pero llena de gentes perfectamente humanas, y ahí está la más poderosa razón del interés de su diario. Amiel es un simple fenómeno de las variedades psiquicotemperamentales más interesantes dentro del sexo masculino. Es también una de las más desconocidas, porque suelen tenerse ocultas cuidadosamente, como una desgracia o como una vergüenza. Es un caso trágico de timidez. El interés de esta vida atormentada reside en que muchos varones ven retratadas en ella sus mismas angustias, y muchas mujeres encuentran también la explicación y, por lo tanto, la conciencia de la actitud del hombre que pasó por su lado y en lugar de quedarse con ella se alejó.

Mis observaciones sobre la timidez me han hecho conocer que bajo estos rótulos se esconden estados producidos por mecanismos muy diversos y aún antagónicos. Algunas palabras sobre este punto nos harán comprender bien la ejemplaridad del caso de Amiel.

La timidez del hombre, enfermedad del instinto.—En muchos casos, la timidez del hombre—enfermedad del instinto que nunca padece la mujer—se debe a la conciencia de una inferioridad, en ocasiones infundada; pero frente a todos estos casos en los que la timidez se edifica sobre cimientos imaginarios o reales de inferioridad hay otro grupo de tímidos mucho menos conocido, en los que el miedo a amar se debe, por el contrario, a una sensación de superioridad del instinto, a una diferenciación del mismo. Su actitud es exactamente la inversa que la de los tímidos ántes considerados. Éstos, los inferiores, consideran el amor como fortaleza inexpugnable. Aquéllos, los tímidos superiores, lo consideran como jardín abierto, al que un escrúpulo del instinto, un sentimiento de infinita delicadeza, les impide entrar.

Amiel pertenece a esta categoría de tímidos superiores. ¿Cómo en efecto, dos actitudes opuestas, los dos extremos de una gradación del instinto, la conciencia de la propia inferioridad y la conciencia o la subconciencia de la propia elevación, pueden conducir a un mismo resultado y por el mismo mecanismo? Ya otras veces he expuesto al detalle cómo el funcionamiento del instinto sexual es una resultante no sólo de la propia capacidad, sino de la diferenciación del objeto. El amor, salvo en los animales inferiores, hermafroditas, requiere siempre una pareja. Es, pues, preciso contar siempre con ella para explicarnos el resultado. Varios hombres pueden tener absolutamente la misma capacidad, que pu-

diéramos llamar neta o bruta, para el instinto de la especie; sin embargo, su potencia amorosa será en absoluto distinta. Uno puede haber consumido su vida en la adoración de un ideal místico o de un ideal femenino, como Don Quijote; otro puede haber realizado la dicha de la convivencia con una mujer; otro puede haber dispersado su ímpetu en aventuras fugaces; otros, en fin, pueden haber caído por el derrumbadero de la perversión. Es muy posible que cada uno de estos hombres, con su misma capacidad de amar, pero en circunstancias distintas, hubiera podido ocupar el puesto de los otros. Lo que les diferenció fue la elección del objeto, del mismo modo que en una reunión de tiradores uno da en el centro del blanco, otros en las cercanías y algunos se quedan con el arma inédita en las manos.

Esta elección del objeto no depende sólo del azar de la vida, sino principalmente del grado de diferenciación y progreso del instinto mismo. Para mí es indudable que este progreso se hace siempre en el mismo sentido, desde la indiferenciación del objeto del instinto hacia su máxima diferenciación Más adelante, la diferencia del sexo va hacia a un grupo de individuos dotados de determinados caracteres, sin los cuales la atracción no existe en condiciones normales. Este grado va siendo, a medida que la diferenciación del instrumento avanza, cada vez más reducido, porque la elección se hace sobre caracteres cada vez más definidos. Así se llega al grado supremo de la diferenciación.

La perfección de la monogamia.— Este proceso coloca, pues, la monogamía como la forma perfecta de la vida sexual. De aquí el que sean muy pocos los individuos preparados en la época actual para ella. Y así nos explicamos el poco éxito que esta afirmación mía suele tener cada vez que la hago en público. Sin embargo, no suele dudarse de ella si examinamos el proceso de evolución en las especies animales y en el hombre. En las especies inferiores es hermafrodita, y por lo tanto, el acto reproductor sólo es la división del individuo en dos sexos distintos. En otros animales, incluso los más próximos al hombre, para cumplir el fin reproductor sólo buscan el sexo, pero jamás a un individuo determinado. Esto es privativo de la especie humana. La misma evolución se observa a través de la vida del hombre. El niño no siempre carece de una sensualidad viva, como han demostrado Freud y otros investigadores. Cuando esta sensualidad existe, el infante, influído todavía poderosamente por esa suerte de hermafroditismo de las primeras especies, busca el objeto de su instinto en cualquier individuo, sin reparar en su significación.

La diferencia del sexo se caracteriza en las mujeres, y sobre todo en los hombres, más que por el despertar de la atracción, como suele creerse, por la especificación del objeto. A partir de los años de la pubertad, en efecto, sólo es capaz de suscitar la pasión el sexo contrario. Pero todavía la diferenciación no pasa de ahí, de esa actitud de atracción hacia el otro sexo. La elección diferencial, el hallazgo de la mujer o del hombre específico no ocurre hasta que se alcanza la madurez. De aquí la tragedia de que el matrimonio temprano—conveniente desde muchos puntos de vista—corre el peligro de romperse por esa diferenciación tardía del instinto en la edad de la sazón. Esta es la explicación biológica y, por tanto, noble de rupturas tardías de parejas hasta entonces irreprochables. Sobre todo, es posible en la mujer, porque la evolución es más lenta que en el hombre. Por fortuna, atenúa el peligro de este suceso la docilidad con que muchos hombres y mujeres se condicionan en el instinto a la influencia del hábito. La convivencia llega a crear casi un instinto nuevo, y hay muchos seres humanos que viven y mueren en este artificio. ¡Quién sabe si, en el fondo, son más perfectamente felices que los que sólo obedecieron a la influencia pura del instinto!

Sin embargo, la diferenciación del objetivo amoroso no siempre se alcanza. Hay quien observa igual actitud cínica durante toda su vida, y entonces corre de mujer en mujer, porque el motivo de su atracción no es una mujer determinada, sino la mujer como sexo. Es el caso de Don Juan, detenido en el umbral de la feminidad, ya incapacitado de localizar su atracción en ninguna mujer de las infinitas que pasan por sus manos. Por eso he considerado siempre el amor donjuanesco como un amor inferior, un amor vecino del de los niños o el de las mujeres muy diferenciadas, y, por lo tanto, un amor afeminado, aún cuando este concepto del afeminamiento de Don Juan haya sido tan mal interpretado por algunos. Varios hombres superan, sin embargo, esta etapa cínica.

La evolución del instinto sexual.— El ser humano de tipo medio tiene en el amor lo que se llama su tipo, es decir, un tipo: alto, bajo, moreno, rubio, enérgico o dulce, del que no se sale como no sea obligado por la necesidad. El hombre, a lo largo de la evolución, realiza y afina el objetivo de su instinto. Las etapas de esta evolución son, por lo tanto, las siguientes:

Primera. La etapa del objeto específico; es decir, cuando el objeto busca turbiamente al individuo, cualquiera que sea su sexo, como ocurre en estados inferiores de la vida animal y en ciertas fases de la niñez. Segunda. La etapa cínica, en la que es objeto de la atracción el sexo opuesto; etapa normal en la vida de los animales y en la vida de los hombres. Tercera. Etapa en que la atracción se ejerce por un cierto número de individuos del sexo contrario, dotado de cualidades psíquicas o morfológicas. Y, finalmente, la etapa individual o monogámica, en la que la fuerza se hace hacia un solo y único ser del otro sexo.

Esta etapa es la que caracteriza al hombre, perfectamente viril, al de mayor diferenciación sexual.

Es decir, que la poligamia en aquella calidad de hombres, que es la más numerosa, se reduce a un verdadero ejecicio de variaciones sobre el mismo tema. Nos lo demuestra el hecho de que, con gran frecuencia, estos hombres de tipo medio muestran una tendencia instintiva a elegir siempre ejemplos femeninos de cualidades invariablemente semejantes. Es frecuentísimo, por ejemplo, el caso que tanto sorprende al vulgo de que un hombre abandona su compañera habitual por una amante que se parece extraordinariamente a aquélla. ¿Será posible que el hombre, en lo futuro, en un futuro lejano, claro está, supere esta etapa del grado, la superior de la estrictamente individual? Creo que sí, y que en un futuro muy remoto, ciertamente, cada hombre tendrá su sola Beatriz intrasferible.

En la práctica, esta diferenciación individual del instinto tiene que luchar con grandes dificultades materiales para el hallazgo del ser elegido y específico. El instinto no puede ser como puerta abierta al primero que pase; pero es difícil que sea una cerradura que la obstruya. El rumbo que toma la vida sexual moderna en el sentido de un menor rigor en el conocimiento sexual de hombres y mujeres, facilitará seguramente la facultad del hallazgo específico. Mientras prosigan las trabas de la vieja moral, el hallazgo de la media naranja será muy difícil, y debe quedar, por ahora, puramente al azar.

Esta es la situación actual de los hombres sexualmente superiores. Y como el objeto de su instinto es sólo una mujer absolutamente única, y como el hallarla es prácticamente imposible, ocurre que corre sin cesar de mujer en mujer, sin atreverse a abordarla, y menos a intimar con ella por el miedo insuperable al desengaño. En consecuencia, estos varones se conducen como tímidos, pero no por timidez auténtica, sino por exceso de hombría, por la misma calidad excelsa de su instinto varonil.

El caso de Amiel.—Éste y no otro, es el caso de Amiel. En la mayoría de los casos, y en el de nuestro escritor, ocurre, sin duda, la desviación del instinto en el sentido de la supervalorización del ideal. Su instinto de la valorización física del amor se engendra en los semejantes, en los ejemplos del hogar y de la vida conyugal de los padres. En el caso de Amiel se justifica con multitud de datos que no puedo referir ahora. Estos malos recuerdos infantiles le condujeron a la depreciación del valor físico y a la supervalorización del ideal femenino. Por eso Amiel no fue justo cuando, ya en la madurez, arremetió contra el dogma de la virginidad de María. El dogma de la virginidad de María es, sin duda, una de las sugestiones que más enérgicamente pueden influir en la mente de niños y uno de los símbolos más elevados del prestigio de la civilidad. Hasta que la vida nos muestre la verdad escueta, nos

parece infinitamente delicado y útil el que los ojos del niño vean desposeída de su componente pagano la grandeza del acto creador. Finalmente, contribuyó a formar el temperamento de Amiel el ambiente de su cuidad y de su época, empapada de un puritanismo irreducible, peor que el mismo libertinaje. Todo lo que tiene de funesta la revelación prematura, tiene de funesta la prolongación excesiva del misterio.

Amiel se queja, ya en su madurez, del mal irremediable que le causaron la cautela hiprócrita y los prejuicios con que fue iniciado. "Este error—cuenta en su diario—me envenenó para siempre la vida". Queja en verdad, tardía, porque el hombre, cuando sale de la pubertad, tienen ya escrito en su vida instintiva el camino inexorable que ha de seguir en el amor. En esta pubertad, que yo he llamado la edad crítica del varón, se modela para siempre el destino sexual futuro. De aquí las delicadeza infinita con que el niño debe ser tratado en los años que rodean a su florecer. A Amiel, como a la mayoría de los hombres, le sirvió de escultor la mano dura y ciega del azar. Y le vemos arrastrar la miseria del tímido hasta los mismo meses que precedieron a su muerte.

La teoría del tímido.—Analicemos la categoría del tímido cuya génesis acabamos de ver. La mayoría de los comentadores del diario de Amiel suponen que era un tímido del tipo que hemos descrito. Fue un tímido superior, por supervirilidad, y su diario nos proporciona datos inapreciables para la apreciación de este tipo. Hay tres grupos de datos que nos permiten hacer la distinción entre las dos categorías de tímidos que el juicio ligero de las gentes suele confundir. Uno se refiere a la morfología, otro a la conducta del tímido frente a la mujer y otro a la valorización psíquica de la mujer como complemento del propio instinto. Examinemos rápidamente estos tres caracteres en el caso de Amiel. Por lo que respecta a su morfología, poseyó todos los rasgos de virilidad perfecta y reciamente acentuada. Sabemos, aún cuando sea por conducto de una mujer, "que ya a los veinte años era un guapo mozo". Despojemos de su literatura, no muy elegante, este comentario hecho por una solterona enternecida, y examinemos los retratos que poseemos de él. Uno, a los cuarenta y un años, que nos muestra una cabeza de tan recia especialidad viril que no dejaría lugar a dudas a cualquier experto. Recuerda, por cierto, este retrato, los de nuestro Ganivet, de carácter muy parecido al de Amiel, y cuya vida efectiva pasó aquel misterio doloroso. El parecido del cuerpo es aquí, como siempre, seguro indicio del parecido de las almas, y no es la primera vez que pienso que Ganivet no se hubiera suicidado si hubiese sabido, como Amiel, ventilar la atmósfera cargada de su alma con la válvula de su diario. Y también declaro que Amiel, sin su diario, que, como todo diario, es un suicidio lento, pudo arrojarse al lago Leman antes de los cuarenta y un años. Otro retrato nos lo presenta a los cincuenta y cinco años. Muy envejecido, con todo el aire de los poetas románticos de su época; pero respirando también esa normalidad tan difícil de observar. De acuerdo con estos datos morfológicos está la conducta de Amiel. El tímido por incapacidad huye de la mujer. Amiel no sólo no las huye, sino que pasa la vida obsesionado por buscar la compañía de la mujer. "La felicidad—dice—es la sociedad de las mujeres. Al lado de ellas me esponjo como el pez en el agua y como el pájaro en el aire". Pero Amiel, hombre especificado, buscaba, entre tantas mujeres como tuvo, a una sola mujer; a una mujer tan ideal, que se murió sin haberla encontrado. Un ideal realmente de superhombre, y por ello estrictamente monogámico; pero sólo el hallazgo de una mujer única podría hacerle feliz. "Feliz el que encuentra a una mujer enérgica y pura—escribe—compañera de las noches y de los días, apoyo de la juventud y de la vejez, colaboradora de los trabajos y eco de la conciencia". He aquí retratado el fantasma que persigue en vano. Pero Amiel ignoraba que esa mujer ideal no se encuentra casi nunca, porque, por lo común, no es obra del azar. El ideal femenino, como los demás ideales, es preciso construirlo con barro propicio, claro está; pero lo esencial es construirlo con el amor y el sacrificio de todos los días, exponiendo para ello en un juego arriesgado, a cara o cruz, el porvenir del propio corazón. Por eso, cuando se sabe si la mujer elegida es la mujer ideal, el día de la boda está ya tan lejos, y la cabeza tiene tantas canas, que si no se acertó, hay que resignarse a la equivocación para siempre.

En el caso de Amiel, la documentación referente a este punto es preciosísima. Toda la vida Amiel está llena, en efecto, de la obsesión amorosa. De una parte, su virilidad envía el impulso de conocer el misterio; de otra parte, sus escrúpulos infinitos le impiden una y otra vez levantar el velo del instinto. Él mismo confiensa que desde niño la sexualidad fue su Némesis y su suplicio. Y se entregó a una castidad persistente, erizada en noches inquietas y de lecturas eróticas, hasta que un día, a los cuarenta años, tuvo su primera aventura amorosa completa con una mujer.

La primera aventura.—Los antecedentes y la consecuencia de esta aventura han cambiado por completo su concepto sobre el amor, y constituyen, por otra parte, uno de los documentos más útiles que hoy tenemos para la interpretación del instinto masculino. Hay aquí tres puntos esenciales: primero, la perfecta naturalidad con que ocurrió. Imaginemos a este hombre, obsesionado durante cuarenta años, día tras día, por la mujer, y ya en la inminencia de llegar a la clave, y en una edad en que se da a todas las cosas, y sobre todo a éstas, toda su trascendencia. Su emoción—pensamos—sería infinita. Sin embargo, el 5 de octubre, víspera del acontecimiento, escribe las mismas impresiones de siempre: visita a unos amigos para felicitarlos por el casamiento de una hija; se pasea al sol después de almorzar, lee un bonito artículo, aprovecha bien su tiempo, revisa temas para las próximas lecciones; en fin, lo de todos los días. Tan sólo una alusión brevísima a la noche anterior, "llena de tentaciones". Finalmente, una referencia discreta a una carta "escrita en un papel rosado, con el cual se paseó bajo el cielo azul". Y termina: "¿Qué pasará mañana?" Y esta mañana, el 6 de octubre, empieza también con las anotaciones cotidianas del tiempo: trabajo por la mañana, recibo la visita de una vieja señora de Berlín. Y luego nos relata la aventura única y trascendente, los minutos en que se resume toda su vida de varón, con la perfecta tranquilidad con que cualquiera de los demás días anota sus lecturas y sus paseos. Al día siguiente declara que la formidable aventura en nada ha cambiado su vida: pasea con otro profesor, visita una Exposición de frutas y legumbres, juega al billar, hace juegos de manos para entretener a unas jóvenes, y nada más. La vida sigue como antes ¿Qué clase de hombre es éste?, se preguntan con asombro. Yo respondo: Sencillamente, un hombre. Este hombre que, por serlo, se desvió de su aptitud instintiva para el vuelo excesivamente especificado de la gran aventura amorosa, considera un episodio entre las demás actividades de la vida la pérdida de su virginidad. No representa para él nada trascendental, porque tiene, sin darse cuenta, la conciencia profunda de su capacidad. No se cree, como los jovenzuelos, superior por haber tenido una amante.

Las mil y una noche del amor.—Para los tímidos por inferioridad esta experiencia victoriosa hubiera sido la liberación; para Casanova, tema de varios capítulos de novela erótica; para Amiel, media página absolutamente serena. ¿Qué encuentra en el amor físico? En apariencia nada más que una lección, desde luego radical, porque el amor no se conoce en un día, como él supuso con petulancia, sino que requiere, por lo menos, "las mil y una noches" de la leyenda. Con palabras de perfecta exactitud expresa Amiel este sentimiento: "¿Cómo voy a llamar a la experiencia de hoy?"

Otra consideración que sugiere esta historia es la más instintiva y también la menos comentada. Me refiero a la actitud de la heroína de la aventura y en general de todas la mujeres que rondaron en torno del autor del diario. Esta actitud es quizá extraña, de fervor apasionado e inquebrantable ante el gesto retraído, frío y egoísta del varón. Y no cabe duda que la seducción existió bajo tan poco grata apariencia. El mismo Amiel confiesa, a los treinta y nueve años, muy satisfecho: "Ejerzo un magnetismo especial sobre las mujeres más fuertes y voluntariosas, a las que domino sin proponérmelo, porque al fin yo soy siempre quien recibe las declaraciones". Nadie podrá calificar de fatuas estas frases. El

lector de la parte del diario en que se refiere esta aventura se siente a cada paso tocado de indignación comparando el gesto noble, de plena entrega desinteresada, de esta mujer con la actitud egoísta y reservada de su amante. Es preciso leer las cartas de ella para darse cuenta del grado de pasión que sentía. En ocasiones su exaltación llega hasta grados morbosos de fetichismo. Tampoco nos sirven las razones que él mismo expone para explicar su poder de seducción: "Soy algo poeta y algo adivino; así doy la ilusión del talento unida a la del desinterés". Nada de esto. Su seducción existe en la razón específica misteriosa, suscitada por la fuerte especificidad viril de Amiel. Los hombres y las mujeres poseen cualidades y sugestiones independientes, desde luego, de la voluntad sexual. También ocurre, por ejemplo, con lo fogoso de la mujer o con el talento o la intrepidez del hombre que encuentran un eco de sugestión en todo ser humano. Pero otras veces está sugestión depende, en efecto, de cualidades estrictamente sexuales específicas, que pasan inadvertidas para todos, excepto para el receptor sexual que las recoge y valora. Es el caso tan conocido de la mujeres, que producen un efecto sensacional en muchos hombres, sin que la demás mujeres e incluso muchos hombres se puedan explicar la razón de aquel efecto. Este es el caso de Amiel y de los hombres capaces de despertar pasiones femeninas tan profundas como la que comentamos, con asombro del público varonil, que no distingue en el afortunado ninguna de las cualidades que sirvan por lo menos de apoyo a la atracción sexual. Es indudable, pues, que hay factores invisibles que demuestran hasta qué punto el espíritu adivina y recoge estas cualidades de gran jerarquía sexual ocultas en individuos vulgares, que es el caso de Amiel.

"Este cretino".—Hace algunas semanas recibí la visita de un conocido profesor de una Universidad suiza. Estaba precisamente rodeado de los documentos y del diario de Amiel, y al exponerle mi propósito de hacer un estudio de él, me dijo:

"No me explico el interés que despierta todavía este cretino".

Los hombres no le comprendieron ni le estimaron por la misma razón que las mujeres lo amaron. Y ahora resalta en toda su nitidez la inexactitud de los que comparan a Amiel con Don Juan. El prestigio de Don Juan con las mujeres es, en efecto, en gran parte un prestigio debido a los hombres. Suprimid en Don Juan sus lances de juego y de espada y entonces tendremos que rebajar en un noventa por ciento su buena fortuna con las mujeres. Don Juan lo sabe muy bien, y por eso se preocupa de deslumbrar a los hombres durante el día para recoger el fruto por la noche con las mujeres. En Casanova, por ejemplo, cuyas Memorias constituyen el documento más importante de todos los que conocemos referentes al donjuanismo, se aprecia muy bien esta táctica. Al entrar en cada ciudad su principal

cuidado era imponer la admiración masculina. Sabía muy bien le repercusión inmediata que esta admiración tendría en la sensibilidad de las mujeres. Todo lo contrario que en Amiel: desgarbado, antideportista, tosco, sin una sola de las cualidades que hubieran hecho volver los ojos de los transeúntes. Aparentemente vemos a estos dos arquetipos de Casanova y de Amiel seguidos de mujeres apasionadas. Casanova se deja caer cada noche en los brazos abiertos de la mujer inespecífica, sea la que sea. Amiel rebusca a través de sus largos años de juventud y de madurez, con sus ojos agudos y detallistas de miope, una mujer, una sola mujer que no encuentra jamás. Por eso no sobrevive el nombre de una sola de las infinitas amantes de Casanova, y en cambio lo que queda de Amiel son éstas, las mujeres que le vieron, le comprendieron y le respetaron.

Las mujeres de Don Juan y las de Amiel.—Claro que esto supone una diferencia entre las que seducen a Don Juan y las que seducen a Amiel. La mujer de Don Juan es siempre una mujer indiferenciada, sin personalidad, sexualmente anónima; a lo sumo, una monjita gazmoña y linfática, como Doña Inés. Las mujeres que se enamoraron de Amiel eran mujeres con su nombre y su apellido, con su documentación biológica bien clara y espíritu exquisito, aunque quizá, eso sí, de físico mediocre. Por ello, la mujer indiferenciada busca en el hombre sólo aquello que el hombre puede dar a la mujer: el amor físico; sólo éste, aislado de todo elemento psíquico y afectivo, que se satisface en las mujeres, como en los niños, con cualquier cosa. Lo único que la mujer normal no puede encontrar, salvo el amor maternal, fuera del hombre, es el descanso de su alma en el seno del alma masculina. Esta es la razón, y con esto termino, del enorme influjo que el confesor alcanza muchas veces en el alma de las mujeres. La confesión de la mujer al sacerdote puede ser una mera deposición mecánica, como quien echa cartas a un buzón; pero si tiene el sentido profundamente humano de la liberación entrañable de la conciencia, de una conciencia más fuerte, capaz de acogerla, y comprenderla, y devolverla luego limpia, entonces, por razones biológicas, se exige que el receptor sea un hombre, y, por lo tanto, es un acto rigurosamente específico.

La confesión.—Por esta misma razón la confesión es un acto de mucha más trascendencia en la mujer que en el varón. La confesión es un homenaje a las cualidades más excelsas del hombre. La mujer, por estar perfectamente ligada a su sexo, es poco apta para la confesión, como para el papel de juez. Por eso, los hombres sólo se confiesan con una mujer en casos excepcionales, y siempre cuando ella ha traspuesto los límites de la senectud. Por eso, el confesor, sea o no sacerdote, ha de ser casto. Amiel lo era, y de aquí su eficacia en este sentido. En diferentes pasajes de su diario comprendemos que en esta capacidad confesional puede residir la clave de su influencia sobre la mujer.

Otro rasgo antidonjuanesco muy típico de nuestro escritor: su preocupación por el tiempo y el pensar. Para Don Juan, el reloj no existiría si no tuviese interés en acudir a tiempo a sus citas. En cuanto a la Naturaleza, no cuenta para nada en su vida, demasiado preocupado en sí mismo para mirar el mundo maravillosos que nos rodea. Don Juan, como Narciso, sólo cae en la cuenta del mundo exterior cuando le sirve de espejo. En las Memorias de Casanova no surge una sola vez el paisaje, y Don Juan no se da cuenta de lo mejor de la Naturaleza hasta aquella noche del cementerio, en que contempla con arrobo las estrellas del cielo; pero es precisamente la noche en que deja de ser Don Juan, para convertirse en un hombre como los demás.

Amiel, en cambio, es esclavo de la hora. En cada una de sus cuartillas anota el minuto en que las escribe, y no por capricho, sino porque cada hora tiene para el hombre un eco en el estado de su alma. "Si hace buen tiempo, la hora de las tres de la tarde es terrible para mí" escribe. Esto no lo diría Don Juan. Y en cuanto al paisaje, casi nunca falta en las páginas de su diario. Sólo Amiel pudo haber dicho "que el paisaje es un estado del alma". Así entiendo yo a Amiel. No me interesa el prestigio de su literatura, ni su erudición, hecha de textos mediocres; me interesa, en cambio, apasionadamente el lirismo silencioso que ocupa en aquella alma que se suicidó de desesperación de sí mismo a lo largo de treinta años en las páginas de su diario. No creo, entendámoslo bien, que Amiel represente en modo alguno un tipo superior de la evolución humana, pero sí un tipo desviado de la normalidad hacia la perfección. Su genealogía es, sin duda, admirable.

Quisiera que estos comentarios sirviesen de enseñanza, y quizá de conciencia, a tantos y tantos hombre oscuros que arrastran la cruz de su timidez sin sospechar que este defecto puede estar elaborado con materiales de la más alta y más excelsa jerarquía humana.

Gregorio Marañón

Strawinsky y la universalidad

= De *El Sol*. Madrid. =

En todos los países, en todas las profesiones, hay el mismo prurito por encontrar cuál de sus hombres asume para el resto del mundo la significación nacional, cuál es el hombre cuya cima se divisa desde todos los paisajes. Los científicos tienen su candidato, como los políticos, como los hombres de artes o de letras. Pero me parece que una profesión de estricta técnica, por rápidos y valerosamente lanzados que sean los dardos que proyecta, encuentra demasiado pronto el cerco de su horizonte. El especialista apenas puede aspirar sino a un auditorio reducido, y su trascendencia fuera de él es puramente nominal, ineficaz en el mundo. Para llegar a la conciencia general del mundo hay que buscar los más anchos caminos—aunque a veces sean más agrestes y tortuosos—de la literatura o del arte. Un hombre de ciencia sólo puede representar a su país ante otros hombres de ciencia, y aun verdaderamente cabe preguntarse si la ciencia puede tener un carácter nacional; no en ese reducido aspecto de una «ciencia nacional» ni de un «arte nacional» sino bajo el aspecto de elemento integrante en la conciencia universal. Un gran artista colabora en la formación de esa conciencia como un accidente natural en un paisaje; pero un hombre de ciencia me parece que apenas puede aspirar a sumarse a la ciencia colectiva más que en tanto que guarismo.

Cuál es en seguida el artista o el pensador que vincule a su nombre el de su país tiene fácil respuesta. Un hombre que desde luego esté *in the public eye*, como dicen los ingleses, pero que además sea indispensable para los de su profesión. Un hombre del que sea imposible no hablar cuando se trate de pintura, o de música, o de filosofía, o de política. Un hombre cuya actividad sea por tal manera significativa, que sea imposible concebir sin ella tal arte, tal sistema. Las contingencias de la política hacen de cada caudillo un hombre de esos; pero por muy grande que sea la sensación que un político brillante produzca durante el tiempo de su actuación, pocos son los que intervienen en la «construcción» de una conciencia política que trascienda de la esfera nacional.

Quizá en nuestro tiempo solamente Lenin, con su amplitud oceánica. Pero en los ríos de la música y de la pintura dos figuras hay que parecen asumir indiscutiblemente esa categoría aludida. Se dice que Newton no tuvo necesidad de hacer intervenir a Dios en calidad de hipótesis. ¿Hay algún músico actual en todo el vasto mundo que no tenga que hacer intervenir a Igor Strawinsky en sus meditaciones? O ¿hay alguien que al considerar la pintura moderna pueda prescindir del nombre de Picasso? Uno y otro han ejercido la más intensa conmoción en sus artes respectivos en esta época que en síntesis comienza con la guerra; y si todos los que los han sucedido dentro del tiempo reflejan en mayor o menor grado algún rayo de los que proyecta su intenso foco irradiante, los mismos maestros que presenciaron su aparición quedaron teñidos poco o mucho por sus luces.



Igor Strawinsky

Apunte de *Aristo-Téllez*

Un espíritu vivo pudo sentir en mayo de 1913, al estrenarse en los «bailes rusos» de Diaghilef *La consagración de la primavera*, que se acercaba una conflagración mundial; que había en el mundo un *statu quo* a punto de perder el equilibrio; que una porción de dogmas y preceptos iba a perecer. Cuando un arte flor de una civilización se halla a punto de ruina, esa civilización está resquebrajada hasta sus cimientos. El buen entendedor de arte, el crítico fino, puede ser el mejor sismógrafo.

Por aquella época, Pablo Picasso, el español universal sin el que la pintura moderna no existiría, como no existiría la música actual sin Strawinsky, el ruso cósmico, estaba demasiado ocupado en sus construcciones para poder prestar atención a un arte sonoro que sus vecinos de Montparnasse consideraban decadente por ir envuelto en una apariencia de alto mundanismo y de lujo coruscante. Picasso y sus compañeros andaban buscando una expresión monda y desnuda, pobre y humilde. Los bailes rusos les tenían que aparecer un envío de la Rusia bárbara y orgiástica. No sabían qué víbora para el burgués se albergaba entre aquellas rosas opulentas. Picasso quería despojar a su pintura de todo accidente en la apariencia de las cosas, para considerar tan sólo su interna razón de ser, su más honda estructura, y los cuentos de hadas que Strawinsky ofrecía para darse a conocer no podían interesarle cuando él mismo estaba lejos ya de sus arlequines azules y rosa. Aquella Rusia era todavía el policromismo oriental, y él, Picasso, buscaba una pintura occidental. Aquello era bárbaro, y él era un ultracivilizado. Cuatro años después, al encontrarse en Roma con Strawinsky, Picasso comprendió qué clase de hombre era aquel músico.

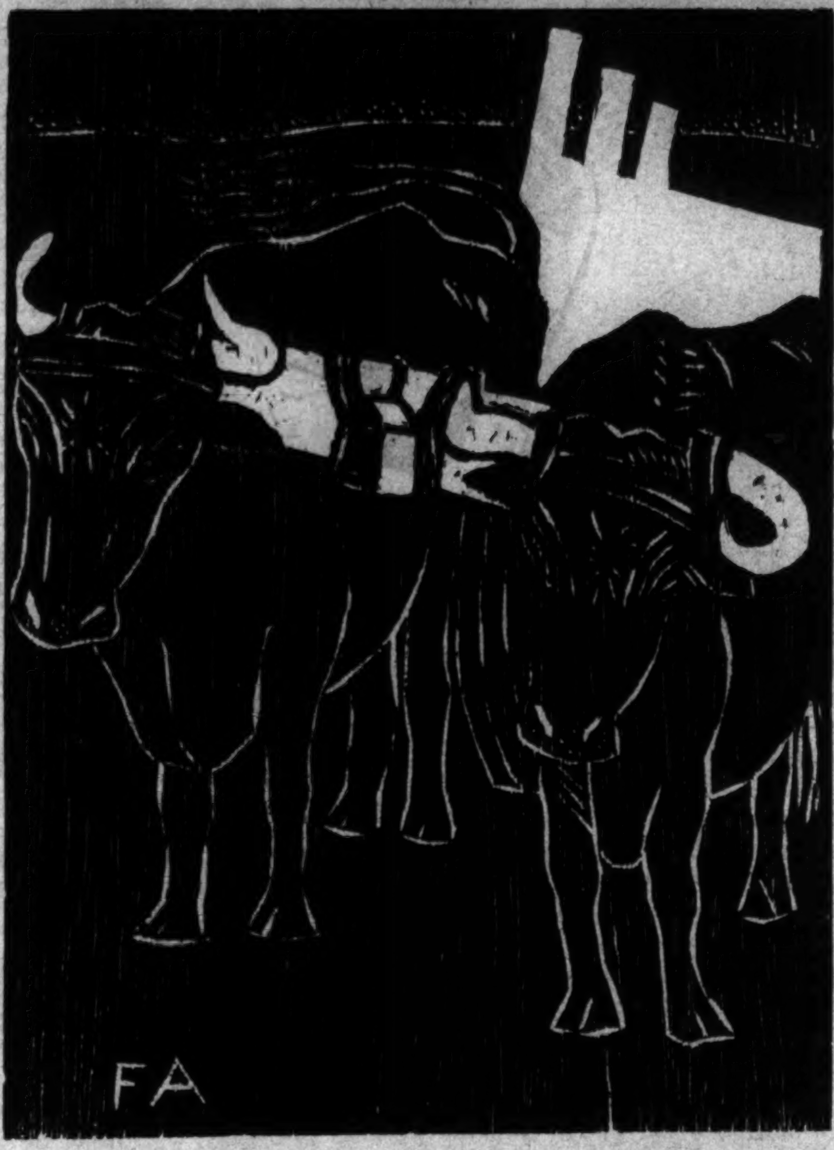
A lo mejor nos espera tras de la esquina el suceso inesperado que en un instante va a cambiar el rumbo de nuestra vida. Y muchas veces ese suceso que parece imprevisto no es sino la consecuencia de que, al haber dado la vuelta entera, nos encontramos de regreso cuando creíamos estar marchando todavía en la misma dirección. En la misma dirección, tal vez; pero como se dice en mecánica, en distinto sentido. El signo de nuestra marcha ha cambiado, y quienes nos rodean y aun nosotros mismos apenas nos habíamos dado cuenta de ello, engañados por las apariencias. Cuando Picasso visita con Apollinaire aquella Exposición de arte negro; cuando Debussy escucha en cierta Exposición internacional a unos músicos javaneses y a unos «cantaores» andaluces; cuando Strawinsky comienza a prestar oídos al *jazz*, ¿cambiaban de ruta o se adentraban más lejos en su camino? ¿Dejaban de ser ultracivilizados para convertirse al canibalismo? Tahití, para Gauguin; Java o Granada, para Debussy; Dahomey, para Picasso, y el negro barrio de Hárlem, para Strawinsky, son simples símbolos que ya habían presentido. Al revés que Colón, que buscando unas Indias conocidas se encontró con un mundo insospechado, estos otros grandes viajeros por mares de imaginación se han encontrado continentes que habían presentido en su yo profundo, astrónomos que podían haber señalado el sitio preciso de un planeta invisible por el extremado rigor de su matemática.

Strawinsky prefiere que se le estime como ingeniero o arquitecto mejor que como «artista». «Construyo mi música como un ingeniero sus puentes.» Gran disciplina. Porque, ¡cuántos puentes se hundirían y cuántos palacios se les desplomarían a tantos músicos actuales si la música estuviese sometida a la ley de la gravedad! Así el verbo «construir» tiene para Picasso y para Strawinsky tan fundamental importancia. Cuando la fuerza disolvente del impresionismo terminó por agotarse a sí misma, los músicos, tanto como los pintores jóvenes, se encontraron con que los dos hombres más grandes de su tiempo eran máximos «constructores». Su asombro se condensó en una sola palabra: «clasicismo». Pero Strawinsky y Picasso no son ni más clásicos ahora ni más salvajes antes. Simple efecto de óptica. Elemental engaño ante el vestido adoptado (¡en estos hombres que despreciaron siempre el «tema»!). Confusión entre la «dirección» y el «sentido». Pues que la geometría no es solamente plástica de líneas, sino agudo cómputo de valores.

Adolfo Salazar

La carreta

—*Envío del autor*—



Madera de *Amighetti.*

Como este enjambre de recuerdos tristes me impide dormir, me levanté a enclavarlos sobre este papel para que aquí se queden y me dejen en paz.

Mi hermanito mayor, otro «poco» de vagabundos y yo, jugábamos trompo en un trozo de calle, frente a mi casa campesina.

Corría el año de 1918 y era el 4 de julio.

La «mancha brava estorbosa» que jugábamos nos inspiraba gran interés; yo, por mi parte, hacía todo lo posible para no errar tiros y evitar, así, que «santiguaran» a mi «pirinola» con cincuenta «mecos»; nada menos. Era la única y había que defenderla; aún recordaba los sobresaltos que tuve para sustraer la peseta, cinco por cinco, de debajo del «petate», de sobre el «tenamaste», de la bolsa del delantal, para comprarla escondido y llegar diciendo luego que me la regalaron o que me la encontré.

Pero de pronto, la voz agria de mi papá gritó: «Emiliano, busque su machetito y vamos a traer la leña».

Había llegado papá con una carreta e iba a sacar la leña que, desde ayer, estaba picada en el monte.

Claro, a mí ya no me importó la «mancha brava» y quise ir a pasear en carreta, comer «nancetes» en el monte y volver tarde a casa; comer con papá, que regresaría sudando y sucio, la comida calentada que nos serviría mamá en la mesa grande, como a los trabajadores. ¡Cómo no! Yo quería ir y como no me invitaban a mí, pues, sencillamente, apliqué el gran remedio: me puse a llorar. A los gritos salió mi mamá, la gran intercesora, y sin preguntarme algo me «encaramó» en la carreta. No bien estuve arriba dejé de gritar; sentí que me pusieron un pedazo de «tortilla» en la mano, que me dieron un beso y... viaje.

Durante el camino, charlando banalmente con Emiliano, de cuando en cuando mordisqueaba la «tortilla», saboreándole el azúcar del beso de mi madre con la sal de mis lágrimas y gozaba, mi palabra...

Bueno, aquí se acaba la alegría; pasó como siempre: ilusiones sin fin que se sustentan y que mueren ante la primera realidad.

Se me acabó la «tortilla»; comencé a sentir el sol y como ví que mi papá no llevaba «calabazo» con agua, me dió sed. Entonces fué cuando me dijo Emiliano: «¿Ves, haragán, para eso querías venir, pa venir «fregando»? Aquí no hay agua; «aguantá» como nosotros que...»

—«Cállese, cállese—le dijo mi papá—ya me tienen aburrido con esa habladera».

Chitón! Le apagaron el candil y se tuvo que quedar calladito. Cuando volvió a hablar, fué para pedir agua, como yo.

Llegamos por fin al picadero; papá cargó la leña y allá, arriba de la carreta, nos hizo unos como nidos para que allí viniéramos.

Emiliano, como más «gallotón», se adueñó del que estaba más hacia la rueda que era, a nuestro entender, el mejor, porque permitía ir viendo rodar las llantas, ver las plantitas cuando pasaban corriendo debajo de la rueda, en fin... Como yo lo quería también, dispuse aplicar el gran remedio; pero volví a ver a papá, le ví la cara amarga, la faja ancha, pensé que mamá estaba muy lejos y no hubo más remedio que pujar para adentro.

Cargada la carreta, nosotros «enculumpiados» y papá montado en el timón, emprendimos el regreso.

Caía la tarde.

Había en el campo mucho silencio.

Sólo de vez en cuando las urracas metían un ruido corto pero se callaban arrepentidas y avergonzadas porque las «chicharras», con todo y ser más chiquitas, les imponían silencio con un prolongado: shsh...

Hora del crepúsculo; hora de la duda; abajo, silencio y en el cielo, en occidente, un celaje rojo. ¡Quién sabe por qué se había «chillado» el cielo!

Los bueyes, siempre en su marcha pesadamente lenta, iban distraídos conversando con el camino blanco y le decían: «Amigo, tú que en la lejanía del llano te juntas con nuestro hermano, el cielo, dile que estamos tristes; estas correas negras que fabrican los verdugos con nuestras propias pieles, nos impiden sacudir el yugo y contemplar el cielo indefinido, como tú y sereno, como nosotros...»

Alguien, nos tocó fríamente por detrás. Vino calladitamente escurriéndose por entre los árboles y... ¡zás!, nos metió un susto... Era una brisa suave y vagabunda...

Después que pasó nos hacía burla con su silbido.

Cuando pasó esa brisa, nosotros tres nos quedamos silenciosos. Yo no sé qué nos hizo presentir que tras esa brisa fría, venía la muerte trágica. La esperábamos resignados y compungidos para que que fuera clemente y misericordiosa...

Una brisa áspera sopló!

—«Papacito, se me cayó el sombrero»—dijo Emiliano.

—«Jesús hombre, qué muchachito más inútil es Ud.; apéese y lo junta»—Paró la carreta.

Mi hermanito se apeó, tomó su sombrero y al regresar a la carreta quiso subirse por el espacio comprendido entre la rueda y el buey. Al hacerlo tropezó y vino al suelo, quedando con la cabeza puesta delante de la rueda; asustado el buey caminó y la rueda, al girar, le subió por la nuca, le estrujó la cabecita y le bajó por la frente...

Yo me caí o me tiré de la carreta, no sé si grité.

Papá, sin darse cuenta, siguió en la carreta que caminaba de nuevo.

Mi hermanito quiso hablarme pero le faltó la vida y sólo yo lo ví morir.

Quise subírmelo al hombro pero era yo demasiado débil todavía.

En la desesperada inconciencia de mis cinco años, no sabía qué hacer.

Estaba solo, no sé cómo.

Miré en derredor: una carreta inconsciente que se alejaba tranquila; el campo, desolado y silencioso, que comenzaban a invadir las sombras me mostraba inclemente su indiferencia ante mi dolor; sólo la noche negra, con sus alas gigantes, me abrigaba compasiva y en una sombra más intensa todavía de dolor, se sumía, angustiada, mi pobre alma de niño.

Por fin pude gritar: Papá!

Se asomó, vió la sangre, corrió hacia el punto y no es para describirse el dolor que su expresión manifestó.

—Papá, papacito; mate esos bueyes, ¡esos bueyes del diablo! Quién sabe que más le dije yo.

—«Cállate, hijito; cállate por Dios!»

Tomó al otro entre sus brazos y partimos a pié, rumbo al hogar, nido del corazón.

(Pasa a la página siguiente)

Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua

México. D. F. Julio. 8-1931.

Sr. don Joaquín García Monge,
Correos: Casilla «X».
San José de Costa Rica.

Muy estimado y fino amigo:

Tengo en mi poder su grata del día 16 de junio próximo pasado, con los documentos que en ella menciona y un número del *Repertorio Americano*, en que aparece el artículo del señor Salomón de la Selva, acerca de los Canales Internacionales Panamá y Nicaragua.

Quiere Ud. que le dé mi opinión acerca del Canal de Nicaragua, asunto de tanto interés para toda la América y que merece por lo mismo un conocimiento del caso lo más completo posible, a fin de no dar una opinión que resultara sin los fundamentos indispensables en caso tan serio.

Ya antes había recibido yo la invitación para dar mi opinión en el asunto, pero desde entonces me encontré cohibido porque, aunque me causa pena decirlo, dado el grande interés que el negocio tiene para todos los habitantes del Continente, no estoy debidamente preparado con el conocimiento de los hechos que son indispensables para juzgar.

A primera vista, la opinión del señor de la Selva parece no tener contradicción posible. Sin embargo, hay puntos de hecho que se requiere conocer para endosar esa opinión, o bien presentar una diversa.

La situación de hecho en Nicaragua bajo la cual se firmó el tratado es punto básico que no conozco suficientemente, acerca del cual necesitaría conocer el pro y el contra.

Además en el caso del Canal de Nicaragua hay la circunstancia de los derechos de propiedad o servidumbre a que estén afectas las aguas territoriales de Nicaragua en la sección a que el tratado se refiere, y no conozco yo exactamente esa situación jurídica dimanada de diversos tratados entre Nicaragua, Costa Rica y el Salvador.

La política de los Estados Unidos con las pequeñas repúblicas de América y con México ha constituido últimamente en influir en el establecimiento de los gobiernos, hacerlos sentir su dependencia de la voluntad de Washington, hacer ver ventajas pecuniarias a los individuos influentes, y en esas condiciones celebrar arreglos que obligan a toda la nación, naturalmente extraña a tales arreglos; pero que es la única que tiene que resentir las consecuencias de los mismos y cumplir con las obligaciones que sin su voluntad se le imponen. Hasta ahora no se sabe que los Estados Unidos hayan vacilado en exigir el cumplimiento de tales convenios por el escrúpulo de su invalidez por la razón expuesta.

¿El fin que se han propuesto los Estados Unidos al celebrar el tratado con Nicaragua ha sido el de construir un canal con fines comerciales, o ese canal tendrá por objeto substituir al de Panamá o ayudar a las operaciones militares a través de ese canal en caso de guerra?

Ud. comprende la trascendencia para el caso de la contestación que se dé a esa pregunta, y aun cuando yo tengo para mí que el fin único es militar, sin embargo, no podría afirmarlo sobre bases ciertas, sin conocer los datos estadísticos de la circulación a través del Canal de Panamá en los años que van transcurridos desde su apertura, cosa indispensable para saber si el comercio necesita de una nueva vía de comunicación interoceánica.

¿Deben las Repúblicas Hispano-Americanas continuar la sugestión del gobierno yanqui de formar en América una unidad política y económica segregada del resto del mundo, para que los Estados Unidos gocen tranquilos de una hegemonía que nadie puede disputarles; o bien está en interés de la América Española, extender sus vínculos a todo el mundo, como los Estados Unidos los han extendido, para crear así interés en todas partes y mutua protección?

La contestación a esta pregunta es también importante para saber qué carácter había de dársele al Canal y cómo había de construirse éste; pero la verdad es que no conozco el sentimiento de los Gobiernos Centro Americanos a ese respecto, ni tampaco el de la Corte Centro Americana que indudablemente debe desempeñar un papel importante en todo este negocio.

Expuestas las razones que me han hecho abstenerme de dar mi opinión en ese asunto, comprenderá Ud. que, por lo menos, por lo pronto no puedo yo satisfacer, como mucho querría el deseo que que expresa en su ya citada carta.

De todas maneras doy a Ud. las gracias más cumplidas por su fina invitación y créame como siempre a sus órdenes como su afectísimo amigo y seguro servidor.

T. Esquivel Obregón

LIGA DE RECONCILIACION

(Fellowship of Reconciliation)

San José, Costa Rica,
17 de Enero de 1931.

Señor Don
....
P.

Muy distinguido señor:

Es bien probable que en el curso de este año el Congreso de los Estados Unidos trate de manera definitiva el proyecto de construcción de un canal interoceánico por Nicaragua. En redor de este asunto hay opiniones muy diversas que, en la América Latina, sería deseable cristalizar. En los Estados Unidos pesa cada vez más la opinión latinoamericana, y conviene que el Congreso norteamericano pueda, para ilustrar sus deliberaciones y llegar a una conclusión que sea justa para con el continente contar con la opinión pública latinoamericana más esclarecida, sobre los siguientes puntos o cualesquiera además de ésos que usted sugiera,

I.—*El Tratado Chamorro - Bryan:*

a).—Validez de este Tratado.
b).—Interpretación de dicho Tratado.
c).—¿Cómo deben solucionarse los conflictos originados, con motivo de dicho Tratado, entre los Estados Unidos, por una parte, y las Repúblicas de Costa Rica, El Salvador y Honduras, por otra?

II.—*Un nuevo Tratado:*

a).—¿Se necesita o no un nuevo Tratado? ¿Entre quiénes?
b).—Si es necesario, ¿cuáles deben ser sus puntos esenciales con relación:
1).—A los derechos y al bienestar de Nicaragua; y
2).—A los derechos y al bienestar de las otras Repúblicas de Centroamérica?

III.—*Cuestiones generales.*

a).—En vista de su importancia para todo el continente como vía de comunicación y transporte, ¿debe el nuevo canal ser del dominio exclusivo de los Estados Unidos de Norteamérica o empresa bajo el dominio internacional? En este último caso, ¿qué clase de dominio internacional aconseja usted?
b).—Adoptada cualquiera de las dos alternativas arriba indicadas, ¿debe fortificarse o no este nuevo canal?
c).—¿Qué estipulaciones deben establecerse referentes al tránsito por el canal?
d).—¿Cómo deben resolverse los problemas obreros, y los del comercio que presente la construcción y mantenimiento del nuevo canal?

Repertorio Americano, semanario continental, generosamente ha abierto sus columnas, haciendo suya esta encuesta, para la publicación de las respuestas que se reciban y de los documentos e informaciones que puedan ilustrar la opinión para formarse juicio sobre estos problemas. Rogamos a Ud. dirigir su respuesta al Sr. Joaquín García Monge, Director de *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica.

De usted con el mayor respeto,
por la LIGA DE RECONCILIACION,

Carlos Thomson,
Secretario en la América Latina.

La carreta...

(Viene de la página anterior.)

Allá nos esperaba mamacita con la comida calentada, con su dulzura, con su solicitud...

Allí quedaron los bueyes, y el vasto campo y un charco de sangre...

Sólo la misma brisa vagabunda me seguía silbando burlonamente... bendita sea!

A. Guevara Centeno

Heredia-28-5-31.

Como que ya nos ha nacido, en este Guevara Centeno, otro cuentista auténtico. Ojalá que así sea! Hay sobriedad y emoción en este relato. Prosiga Guevara. Del interesante y pintoresco Guanacaste es Guevara. El cuento nos lo trajo el Prof. Carlos Luis Sáenz. Que traiga otros.

Persiflage
Defensa de Spinoza

— Colaboración directa —

Para *Azorín*,—a quien los alicantinos que él tánto quiere han amargado al punto de que ya se confiesa viejo,—por si alguna dulzura le puede llevar este testimonio más del cariño que a él le tenemos en América.



Benedictus de Espinoza

Vengo de Spinoza y tengo el alma empapada de claridad. La semana entera la hemos pasado estudiándolo. Gissing tiene las obras del filósofo adorable en la edición de Van Vloten y Land. El latín de Spinoza no es literario. Es un latín escueto, y fuerte, y, sobre todo, claro. Claridad, que no relumbre. Claridad como la de los números. Claridad, que no nada que pueda deslumbrar. Deslumbrar es una manera de engañar. Cuando las nubes recogen la luz del sol y la distribuyen con ecuanimidad, entonces es cuando el sol más ilumina. Para entender a Spinoza hay que comprender este ministerio de la nube. Spinoza era judío. La nube es el secreto de su raza. *En nube todo* podría ser el lema de todos los judíos. La nube entre cuyos relámpagos habla Jehová, último de sus dioses. La nube que guía al pueblo de Moisés. Y, con Spinoza, la nube que no esconde la luz sino que la esparce sabiamente. Cuanto hay nublado en Spinoza no es, pues, sombrío. Todo lo contrario. Lo leíamos, Gissing y yo, al aire libre. Gissing tenía los preciosos volúmenes en su regazo. Yo escuchaba. Allá lejos, hoy, un macizo de árboles recibía el sol y se saturaba todo de luz. El río hacía bailar todas sus platas y hasta me parecía que, en contraste con la voz, como de madera, de Gissing, sonaba también a plata. Yo alcé los ojos. El cielo estaba de un azul claro, más claro que cuando está blanco de luz; como una perla que fuera de ese color. Y lo más luminoso en todo el cielo era una nube que se desenvolvía lentamente, repartiendo sol. Una inmensa paz se apoderaba de mi espíritu. Los judíos fueron los primeros en adivinar la luminosidad gloriosa de las regiones espirituales. Después se ha exagerado el concepto. La luz del *Paradiso* ciega. Spinoza recobró la vera tradición. Y es ésta tradición la que ese gran judío vasco, don Miguel de Unamuno, ha olvidado. El espíritu de Unamuno es judío. Y es una tragedia intelectual que Unamuno tenga de Spinoza incomprensión tan grande.

Judío he dicho. ¡Qué temor me tengo, lector amigo, de que pienses en Shylock y en banqueros de Wall Street! Judío digo, y quiero que pienses en los profetas y poetas de Israel, y en los filósofos robustos y sutiles que la semilla judaica dió en España. Cuando el pensamiento fuerte del judío se enamoró, en España, de las formas arábigas, cómo retorció su verbo en eterna búsqueda de la forma ajustada a su inquietud espiritual. Me contaba don Joaquín, el otro día, que le conmovía la lectura de artículos recientes de Unamuno "¡Qué lucha con el idioma!" exclamaba el gran maestro hispanoamericano. "¡Cómo retuerce el hierro de la lengua castellana, caldeado al rojo vivo, en busca de la forma que diga lo que él quiere decir!" En todo lo esencialmente judío hay eso. Hasta la columna salomónica es cosa retorcida. Pero el retorcimiento es para rematar—¿en qué? Yo digo que en una claridad del corazón como la de Jesús o en una claridad del intelecto como la de Spinoza. Y esto es lo que me parece que Unamuno no ha comprendido.

Se ha exagerado la tristeza de Jesús. Jesús fue jubiloso. La tristeza no está en él, está en nosotros. La tristeza es de quienes han querido pintar a Jesús. Los que a Jesús se han acercado rinden testimonio de una felicidad clarísima. Cuanta nube hubo en él se prestó a esparcir su luz, que no a impedirla. Aquellos que estaban atentos sólo a los profetas no comprendieron a Jesús. De ellos también me acuerdo pensando en lo que Unamuno piensa de Spinoza. Y nadie me parece tan digno de Jesús como Spinoza. Si no se comprende que Jesús no fue hombre triste, no se comprenderá que tampoco lo haya sido Spinoza. El yanqui estudioso y divulgador, Will Durant, recuerda(1) que Nietsche había dicho que el último cristiano murió en la Cruz, y dice: "Nietsche se olvidaba de Spinoza".

Spinoza, pues, no fue triste. Spinoza no fue desgraciado. Spinoza fue feliz. Otra cosa es pensar si nosotros hubiéramos sido felices con la suerte de Spinoza. Anatole France escribió que si Napoleón hubiera tenido el intelecto de Spinoza "hubiera vivido en una bohardilla y escrito cuatro libros". ¡Ah, y Napoleón hubiera sido feliz! Sobre la felicidad de Spinoza estriba la discusión toda. "Contra Spinoza y su doctrina de la felicidad", dice Unamuno (*Del sentimiento trágico de la vida*), "no cabe sino un argumento *ad hominem*. ¿Fue feliz él, Baruc Spinoza . . .?" Pues bien, yo creo que sí. Creo más, cabe explicar aquí. Creo que yo, con mis glándulas, no hubiera sido feliz con la vida que Spinoza vivió. Y es posible que Unamuno, con las suyas, no hubiera sido feliz tampoco. A lo sumo a que se puede llegar, siguiéndole la corriente a la egotista argumentación unamuniana, es a concebir que la felicidad de Spinoza no es para todos. Tampoco lo es el Reino de los Cielos. Algunos tenemos que nacer otra vez. Con otras glándulas.

Los judíos expulsados de la Península Ibérica por Fernando el Católico, y que se refugiaron en la Holanda medio libre de aquellos tiempos, fundaron su primera sinagoga en Amsterdam en 1598. Setenta y cinco años más tarde construían otra, suntuosísima, y los cristianos de Amsterdam cooperaron en esta construcción. Ello lo digo, para que se vea con toda claridad, como conviene verlo todo con referencia a Spinoza, que judíos y cristianos, en Amsterdam, en el siglo XVII, se llevaban armoniosamente. Hacia la mitad de ese siglo ocurrió en esa comunidad judía un suceso trágico. Uriel Acosta, joven y apasionado y bajo influencia de aires del Renacimiento, escribió un tratado vigoroso en el que atacó la creencia en una vida después de la muerte. Dentro de un criterio estrictamente judío, no fue el suyo tan gran crimen. Pero se recordaba los sufrimientos de la expulsión de España, los de las persecuciones de que eran víctimas los judíos en casi todas partes, y se sentía, por los buenos holandeses hospitalarios, una profunda gratitud. Urgía que los cristianos no tomaran a falta de mano fuerte contra los judíos las opiniones de Acosta. Se creyó, no sin razón, que si los cristianos daban en entender que la comunidad judía permitía que en su seno impunemente se negara la otra vida, la mano fuerte no tardaría en dejarse sentir. Y en la exaltación de ese temor se impuso a Uriel cruelísimo castigo. Se le obligó a tenderse a la puerta de la sinagoga y a ser pisoteado públicamente por toda la congregación. Humillado, atormentado, adolorido de cuerpo y de alma, Uriel llegó a su casa, escribió una carta fiera, y se mató. Esto era en el 1647, y lo presenció Baruch Spinoza, mozalbete de quince años de edad.

El joven Spinoza era el orgullo de la escuela de la sinagoga. El problema de la vida futura cobró para él importancia singular. ¿Tenía o no razón Uriel Acosta?

Por esa época estudiaba latín con otro espíritu notable, con Franz van den Ende. Era éste un holandés de gran talento, nada constructor pero enamorado de toda bella construcción, fogoso, encantado con las ideas nuevas de su época, ideas naturalistas. Se le acusaba de enseñarles ateísmo a sus discípulos. Con la medicina, su profesión, no había podido van den Ende hacer fortuna. Vivía de lo que le producían sus clases de latín. En el 1674 se lanzó a una gran aventura, a conspirar contra el Rey

(*Pasa a la página 96*)

(1). En *The Story of Philosophy*, Nueva York, 1926.

Ortega y Gasset habla en León de la España que hay que hacer

= De *El Sol*, Madrid =

¿Queréis, gentes de León, queréis que hablemos un poco en serio de la España qua hay que hacer?

Con profunda vergüenza asisto a la campaña electoral que se está llevando a cabo en toda la Península. Trátase nada menos que de unas elecciones constituyentes; se moviliza civilmente al país para que elija los hombres que van a fabricar el nuevo Estado. Es un gigantesco edificio el que hay que levantar, y no hay edificio si no hay en la cabeza un plano previo de líneas vigorosas. Lo que me parece vergonzoso es que los cientos de discursos pronunciados en España no lancen una sola idea clara, definida, sobre ese Estado que hay que construir. Sólo se han pronunciado palabras vanas y hueras, prometiendo cosas, en palabrería fantástica, sin saber si se pueden o no realizar. Porque esto importa poco a esos palabreros que sólo quieren hostigar a las masas con palabras vacías e insensatas para que, como un rebaño de ovejas, vayan a las urnas, o, como un rebaño de búfalos, vayan a la revolución. Y a eso se le llama democracia. Y cuando se los increpa por esa conducta, dicen que a las masas no se les puede hablar de asuntos profundos porque no los entienden.

Los latiguillos.—Yo os digo que lo más difícil puede ser expuesto de manera que lo entienda el alma más humilde. Sólo es preciso que el que habla lo haga pensando bien, y luego, un poco de calor, un poco de corazón, un poco de entusiasmo para trasmitirlo al pueblo. El que no dice con precisión sus ideas sobre el Estado que se va a hacer, es que no las tiene, y entonces disfraza esa vacuidad interior con retóricas. De esto, leoneses, es de lo que protesto.

Ya sabéis cómo se llama el mecanismo que el orador emplea para provocar el aplauso: latiguillo. El latiguillo es el arma del demagogo. Por eso el público, al entrar en un mitin, debiá llevar en su imaginación la idea de un látigo, por si el orador va a tratarle como a un animal, para restallar sobre sus lomos calientes la tralla de su palabra envilecedora.

Yo podía hacer igual pero como entro ahora en política, no estoy dispuesto a ello. Por eso, en este mi primer acto público, protesto de ese tono que se adopta cuando se habla de temas políticos. No me refiero a lo que se ha dado en llamar extremismos. No me preocupan. Un extremismo serio es respetable. De lo que protesto es de la estupidez de llevar a un pueblo a la trasformación del Estado sin expresarle cuáles son sus ideas sobre ese Estado.

Mentes claras.—Por eso yo os digo, leoneses, que no quiero que me voten más que quienes se hallen resueltos a hacerse respetar de mí y me exijan una idea sobre el Estado que va a nacer. Necesito electores de mente clara y clara reflexión, y no gentes que con palabras confusas y turbias se dejen embriagar. No quiero hacer política con borrachos. Necesito apelar al fondo claro de la conciencia de cada uno de vosotros. Intentemos hacer en León algo ejemplar, aunque el resto de las provincias no lo hagan. Vamos a intentar aquí en esta ladera de Cantabria, la verdadera democracia española, procurando no romper la unión en grupos distintos. Yo os aseguro que si lo hacemos no tardarán en imitarnos los terruños del resto de la Península. Todos verán en la democracia leonesa la pauta a seguir. Hablemos, pues, un poco en serio del Estado que hay que hacer.

La máquina del Estado.—El Estado es una inmensa máquina que la colaboración nacional construyó para el servicio de la vida pública, y el proceso para inventar una máquina es el siguiente: Primero se fijan cuáles son las finalidades que se quieren obtener con ella, y luego se moldean las piezas y el mecanismo, en la forma que mejor conduzca a esa finalidad.

Pronuncia el orador admirables palabras sobre cómo no todas las cosas tienen la misma aplicación y dan el mismo rendimiento en todos los sitios. Esto—continúa—nos advierte de la falta de sentido, de los que, sin más ni más, quieren traer a España instituciones forasteras que no pueden hacer funcionar su rodaje en nuestro país.

Así ocurrió con la Constitución del 76, fraguada por la Monarquía de Sagunto. Fue aquella Constitución obra de imitación de la francesa. Y no hay n Europa dos naciones menos parecidas entre sí que Francia y España. Francia es un país cuyo clima y cuyos hombres muestran una sorprendente homogenidad, de Norte a Sur, de Este a Oeste. Posee, además, una villa: París, cuyo poder de influjo espiritual llega no sólo a Francia, sino a todo el planeta. Así se comprende que una nación de esta clase se fabricara un Estado centralizador, porque toda Francia vive de París, y éste irradia luz a todas partes.



Ortega y Gasset

Hablando con el Dr. Marañón

—Creo que se va a manifestar un tipo de hostilidad de la mayoría contra hombres determinados de extrema esquierda. Y no porque esa mayoría no acepte, sin repugnancia, las ideas izquierdistas extremas, sino porque está convencida de que los grandes movimientos los hacen los apóstoles, y no los señoritos deportistas.

—¿A qué obedece, según usted, ese movimiento que da un sentido deportivo a la propuganción de ideas, por ejemplo, comunistas?

—A eso que Kéyserling ha llamado tan certeramente "espíritu de chauffeur*". El individuo que conduce el automóvil o pilotea un aeroplano se cree en posesión del sentido de la conducción del mundo. Y esto es una triste aberración de perspectiva. Un zulú en* la cralinga *de un avión sale volando al cuarto de hora.*

—¿Cómo entrevé usted la labor de las Cortes que hoy votará el país?

—Yo tengo una gran confianza en primer lugar en la obra fecunda de un grupo de cincuenta a sesenta hombre de gran categoría. Y además espero que advenga a las Cortes una mechedumbre de diputados desconocidos, una gran masa de hombres nuevos. En realidad no son hombres desconocidos, sino hombres conocidos que reviven. Es decir, que se operará una aparición de hombres no inéditos, sino de hombres que no habían tenido oportunidad de dar todo su rendimiento.

Un caso típico es el del mismo Lerroux. Hace cuarenta años que actúa y ahora empieza a ser conocido. Lerroux ha sido siempre un hombre gubernamental que no podía gobernar. Su tragedia era la de estar en la oposición siendo un hombre

(Pasa a la página siguiente.)

La España comarcal.—Pero España es distinta toda ella. Si vuestra provincia estuviera deshabitada, brotarían las tierras para marcar sus límites. En todas las regiones españolas, el hombre acusa un temperamento muy dispar. Cada tierra tiene el poder de crear un tipo como si la tierra fuese un escultor que pusiera un sello a la obra creada. España tiene esta variedad. ¿No era excesivo pedir que pudiera Madrid representar la característica de todas las regiones con necesidades tan distintas? Tenía que desatender los asuntos provinciales que allí llegaban y atender a los grandes problemas nacionales. El resultado ¿cuál fué? Que la provincia sentía desafecto hacia el Estado centralizador, y le culpaba de todo lo que ocurría. Por otro lado, el provincial, vosotros, al ver que vuestras cosas eran desatendidas por hombres inasequibles que actuaban en Madrid, os cansabais de luchar, caíais en el desánimo y renunciabais a la vida provincial.

Desde hace veinte años vengo hablando de la debilitación de la provincia. Y mientras no se consiga poner en pie a las provincias, España será el escaparate vano de dos o tres grandes urbes. Por eso vengo a llamaros para poneros en pie y exigiros que forméis el Estado en que todos podáis colaborar. Todo esto nos lleva a declarar, como una de las finalidades del nuevo Estado, la separación de la vida provincial de la nacional, y aún de la local. Es preciso que grupos de provincias reunidas tomen de su mano la dirección de los asuntos comarcales, que ellas mejor que nadie atenderán.

No basta con el Estatuto municipal, porque el Municipio tiene un campo de actuación pobre, desmedrado, pequeño, y no puede acometer grandes empresas de orden administrativo y económico. Bien está esa autonomía, pero no se espere mucho de ella. ¿Qué puede hacer el Municipio para el mejor cultivo de las tierras, para la preparación de buenos maestros o para la construcción de caminos que completen sus comunicaciones interiores o exteriores?

La tierra castellanoleonesa. — Mirad. Según el censo de 1930, no publicado aún, la provincia de León, con las de Zamora, Palencia y Valladolid, suma 1.300,000 habitantes. Si agregamos el bloque de Castilla la Vieja, sumamos unos tres millones. Con estos tres millones de hombres, preocupados en problemas comunes, se puede hacer mucho. Reunidos, os sentiríais capaces y responsables de vuestro territorio, dentro de la unidad estatal de España. Sólo entonces se resolvería el problema de la tierra castellanoleonesa, terrible problema, porque vuestra tierra es indócil, ingrata al trabajo, y hay que buscar su subsuelo, más prolífico. Entonces podréis imitar a las demás comarcas de la periferia de España, que poseen tierras ricas y fértiles.

Es necesario que se estructure la vida nacional, según la experiencia, según la necesidad, y que cada grupo se haga responsable de su vida y se afirme la gran colaboración. Si esto se hiciese en toda España, yo auguro que en poquísimo tiempo la producción en toda le extensión nacional sería enorme, así como la potencialidad económica del país. En el momento en que las provincias puedan ocuparse de sus propios destinos, quedaría un Parlamento central libre para estudiar la vida general española. A ese Parlamento las provincias enviarían los hombres de mejor talla, sus más relevantes figuras, y con ese Parlamento y con ese Gobierno de gran autoridad estaríamos libres de que se jugase con ese Estado ni dentro ni fuera de España. Y no sucedería el caso de estar declarando Repúblicas independientes dentro del Estado nacional.

A mi juicio, la separación entre la vida local y la nacional es indispensable para formar una opinión fuerte y robusta, donde cada individuo pueda sumar sus esfuerzos y se cree una gran corriente de dinamismo político. Es menester que todos vosotros aprendáis a ser hombres públicos, que tengáis amor a la política, que lleguéis a ser responsables de vuestras palabras y de vuestros actos.

Lo demás.—Esta separación es el supuesto imprescindible para todo lo demás. Pero ¿qué es lo demás? Es muchísimo; pero es preciso escoger lo mayor. Yo me doy cuenta de que el tiempo es corto; y pienso que así como hay una taquigrafía que permite escribir a gran velocidad usando signos y trazos rápidos, así debiera existir una taquifonía que me permitiera, en el corto espacio de una hora, echar sobre vosotros la breve cosecha de mis pensamientos.

Hablemos, pues, de esa cosa mayor. ¿Cuál es? Si os encontráis en un campo libre, perdidos, y queréis buscar el sitio donde os halláis, vuestros ojos prescinden de lo que os rodea, empequeñecido, y buscáis el horizonte. Nuestras vidas son prisioneras de un horizonte. Cada época humana viene a ser un horizonte dentro del cual, medios libres, medios presas, viven las naciones, encerradas en ese horizonte que las obliga a organizarse en pueblos de trabajadores. Hace ya veinte años que Europa, España inclusive, no hace más que avanzar en sentido de esa organización. No os habéis dado cuenta de ello porque es lento el caminar; pero si un hombre fallecido hace cincuenta años resucitara, vería que las naciones eran socialistas.

Y este movimiento no es impuesto por razones de lucha social, por huelgas, sino que se ha producido por el cambio en la estructuración misma de la economía. Hace setenta años, cuando empezaba la lucha del capitalismo, el mundo formaba una red gruesa, dentro de la cual el negociante podía moverse con holgura sin causar perturbación a nadie. Pero conforme ha progresado el capital, se ha ido haciendo más menuda esa red, y hoy el individuo que

Hablando con...

(Viene de la página anterior)

de Gobierno. Por eso, al contacto con el Poder revive y cobra todo su valor.

Claro que no se puede decir que todos los hombres que han estado en la oposición vayan a ser ahora unos hombres de Gobierno. Porque los hay que son para eso, para la oposición, pero que en el Poder fracasarán.

—¿Conoce usted la conferencia pronunciada el viernes en León por D. José Ortega y Gasset?

—No. Pero he aquí un hombre en quien tengo una confianza plena y que será una revelación sensacional como parlamentario. Ortega es un gran político de una visión extraordinaria, y su obra constructiva, ya meramente gubernamental, será espléndida. Ortega y Gasset en el Parlamento dará normas magníficas de técnica política.

quiere marchar a su capricho tropieza con otro, y a su vez perjudica a un tercero. Así es cómo, de rechazo, el negociante que ha hecho su primer movimiento, recibe su propio impulso.

El hijo de la soledad.—Los Estados Unidos pudieron permitirse el lujo estos últimos años de vivir aislados. Era amplias glebas las de los Estados Unidos para poder vivir todos ellos con comodidad; pero en el mundo y en la vida no bastan las resoluciones de unos hombres, y hace pocos días, el presidente de aquellos Estados ha renunciado al cobro de las deudas de guerra, y propone el mismo plan a otros países. Y lo ha hecho porque ese país, que quería vivir solitario, vió que si cobraba no podrían comprarle sus productos aquellos a quienes cobraba, y eso ponía en peligro su seguridad y su libertad.

No existe en el mundo el lujo de la soledad. La vida no es algo que nos permita elegir el mundo y la ocasión en que vamos a vivir, sino que cada cual se encuentra caído en un mundo determinado. No hay más que aceptarlo.

La organización de la sociedad en pueblo de trabajadores para mí es algo que no roza la cuestión económica. No plantea siquiera la cuestión de capitalistas o socialistas. Es algo moral, algo simplemente humano. Se trata de que el hombre europeo ha llegado a no estimar al hombre que no trabaja. Decidme vosotros, sabiendo lo que es convivencia entre hombre, si podríais estimar a un individuo que no se ocupara en nada. Esto no procede de razones sociales, sino de que un hombre o una mujer que no trabajen pierden su energía íntima y se atrofia su talento.

Esa fue la tragedia de la aristocracia, que, por conquistar sus títulos, trabajó incansablemente, con inteligencia despierta, pero que luego, ociosa con sus títulos conquistados, fue perdiendo su dote, entregándose a la molicie, aventando sus energías y perdiendo la fuerza de los seres vivientes.

Un mundo de trabajadores.—El trabajo es la satisfacción íntima del hombre; el trabajo es la salvación. En bien de cada español es preciso obligarle a que prestigie su calidad de ciudadano produciendo algo. El trabajo puede ser manual o el terrible esfuerzo del pensamiento. Incluso el capitalista puede ser un trabajador si demuestra que con su dinero procura riqueza pública. Todo esto obliga a crear el Estatuto general del Trabajo y a que cada español muestre su cédula de trabajador como ahora muestra la de vecindad.

Esto no es nada tremebundo ni revolucionario; "¡revolución!", vocablo que a algunos hace cosquillas en su propia lengua. Más adelante, cuando pueda hablaros de cosas más hondas que la política, trataré de demostraros lo indispensable que es tener eso que se llama vocación, porque la vocación salva la vida. Creo que hay que hacer ese Estatuto general del Trabajo, y que debe actuarse como dijo el poeta alemán Goethe: "Hay que hacer todo en la vida como hacen por el firmamento su marcha las estrellas: sin prisa, pero sin pausa". La formación de ese estatuto llegará a sindicarnos a todos los españoles.

Esa trasformación social radical implica la trasformación del capitalismo. Pero yo veo en cambio de manera distinta a la usual. Es preciso hacer constar de la manera más explícita que los revolucionarios españoles están algo anticuados. Repiten hoy lo que en todas partes se decía hace años, y no han querido aprovechar la experiencia que en los últimos tiempos han recogido los grandes revolucionarios de fuera, los que verdaderamente han hecho, o por lo menos, han iniciado, grandes subversiones sociales.

Y esta experiencia, esta averiguación, consiste sencillamente en que para la reforma social del mundo las revoluciones de forma cruenta no sirven de nada, o sirven de muy poco y que lo que tiene que hacer el verdadero revolucionario es dejar de pronunciar vocablos retóricos y ponerse a estudiar Economía, porque a la postre se ha llegado a descubrir que es imposible mejorar decisivamente al obrero si no aumenta en gran proporción la riqueza pública. De esta forma tan inesperada, la revolución social se ha convertido en un gigantesco movimiento de construcción económica. A la negación ha sucedido la afirmación; al temple exclusivo de huelgas acrimoniosas y a la acción directa, el entusiasmo por la creación industrial.

Obreros leoneses: Os engañan los que os ocultan que la primera condición para que la economía sea socializada y para que podáis vivir mejor es que se aumente el volumen de la riqueza española. Esto es lo que tenéis que pedir enérgicamente: que el Estado empuñe el gobernalle de la producción, dirigiéndola en sus grandes fines y aprovechando todos los medios, incluso al propio capitalismo, para lograr que se agiganten las dimensiones de nuestro haber colectivo. Sólo en la medida en que esto se haga, será posible la socialización a que aspiráis. Por eso yo propongo un régimen que pueda llamarse de la economía organizada; es decir, que en vez de dejar a la total libertad de los individuos el movimiento de la producción, sea dirigido por Estado mismo, como si la nación fuera una única y gigantesca Empresa. Todo ello sin aplastar al individuo productor, al capitalista, al empresario particular. Antes bien, embarcándolos animosamente, interesándolos en el gran negocio colectivo. Debe crearse, desde luego, una Junta excelsa de la Economía nacional, formada por muy pocas personas de la más alta capacidad técnica. Su misión habrá de ser, por lo pronto, fijar un plan de grandes dimensiones para la reforma a fondo de la producción integral. Así y no con verbalismos revolucionarios puede modificarse radicalmente el tejido económico de la sociedad española. Hoy, la única revolución auténtica es la de la técnica de la construcción económica, la del orden fecundo de la sociedad organizada en cuerpo de trabajadores.

Para ésta y para otras muchas cosas que hoy ha sido preciso callar pido vuestro concurso, leoneses. Que no quede por vosotros. Necesito vuestra ayuda para hacer una España magnífica, ya que esta comarca ha demostrado su claro sentido para toda alta empresa.

Filiación poética de Jaime Torres Bodet

—*Envío del autor*—

Perfección y medida.—El nombre de Jaime Torres Bodet ha viajado por todas las latitudes sobre el lomo de media docena de libros. Las revistas literarias, en su vuelo cosmopolita, han preparado un amplio horizonte a la voz del poeta. Nos era ya conocida y amada la manera de su canto; pero es sólo en *Destierro* donde hallamos su filiación poética definitiva, o sea la medida exacta de su sueño y la estatura verdadera de su poesía.

Jaime Torres Bodet nos dá esta vez una versión pura del mundo. En su libro las cosas se iluminan de pronto, en su cara más secreta, con una luz inocente. Mundo de lo imperceptible y lo impalpable, en su construcción hay algo de la arquitectura del humo. Desterrado de la realidad, el poeta crea otras realidades—de materia poética—igualmente vivas y animadas: «La cigueña de la lámpara, el oso amaestrado de la alfombra y esos misteriosos cirujanos que son las sillas, se congregan de noche para la autopsia de las lunas muertas». «El espejo cuenta al revés sus cadáveres. Los visillos amortajan a los paisajes reclusos. Como en el Teatro de Cocteau, del armario sale un médico a examinar la herida del clavel en la solapa del vestido inmóvil». «Por la humedad de los muros resbala una galera dormida». [1]

La poesía de Torres Bodet es arbitraria, sobrerrealista. Es una rehabilitación de la fantasía de los mejores tiempos de la creación literaria. Esta poesía se mantiene sin un desmayo de principio a fin, desarrollándose en versos largos y numerosos como los pliegues del mar. Los bloques límpidos, cargados de lírica sal, dejan al descubierto de vez en cuando una escama reluciente o un mineral maravilloso.

En este *Destierro* no hay tortura íntima ni drama. Hay la luz de la pupila asombrada ante un espectáculo irreal. La expresión poética se ordena conforme a los cánones de la arquitectura, en una sabia simetría, y alcanza los planos más altos de la serenidad. No hay rastros de lucha interior por la conquista de la expresión justa. El verso está hecho de un material transparente y fluido que corre con naturalidad arrastrando imágenes inéditas. No hay abundancia sino selección y sobriedad clásicas. Amplitud resonante donde irrumpen frecuentemente las flautas cortas y delgadas de los endecasílabos.

Los motivos modernos, abordados con un dejo de maestría y clasicismo, adquieren un encanto nuevo y perdurable. Se exalta sobre todo el viaje. Entendido que en tren de lujo, que no se parece en nada sin embargo al *pullman* de Paul Morand y de A. O. Barnabooth que canta cínicamente *les borborygmes*. Nuestro poeta viaja en un vagón de felpas y vidrios asépticos.

Hay un escalofrío de urbe civilizada en esos poemas donde se mezclan las



Jaime Torres Bodet

realidades mecánicas, las pausas efímeras del silencio, los panoramas barajados al azar, la obsesión purificadora del hielo, el secreto descubierto de las cosas que nos circundan. El poeta inventa una especie de mitología moderna: La Virgen de los Termómetros, el Visir de los Cines, las Reinas de los Telescopios.

La poesía de Torres Bodet es densa, rica, nutrida de bellezas interiores, honestamente disimuladas; y el material idiomático de que está construida aparece rejuvenecido, ganancioso de excelencias y virtudes nuevas. Las palabras son tan ligeras que podrían pesarse solamente «en una balanza de música». Hay algunas que se han unido por primera vez en acoplamientos sorprendentes y otras que se han embellecido por vecindades armoniosas. El vocabulario es hermoso y disciplinado y en él cada palabra está cumpliendo su rol poético.

Destierro es una serie de poemas ejemplares de la intimidad. No es un destierro del cielo, como el del poeta de *Sobre los ángeles*, sino un destierro en el Sueño. La narración de este viaje a través del sueño está contenida en el libro desde la partida, ante la presencia invitadora y sobrenatural de la lámpara, hasta el *regreso* al mundo de las formas concretas y familiares. Torres Bodet nos ha dado con su última obra uno de los mejores exponentes de la poesía de evasión en nuestra lengua.

Imagen.—Un libro de poesía es un registro del mundo. Registro en extensión o en profundidad. El ser poético viaja lo mismo a lo largo de los continentes geográficos que a través de las latitudes espirituales del planeta. Muchas veces se enriquece de singulares hallazgos. El poeta, por un pequeño salario de gozo, emplea su vida en esta especie de registro civil de la belleza, investiga el parentesco de las cosas y lo anota virginalmente en su cuaderno.

Jaime Torres Bodet cataloga imágenes de aparente sencillez aunque de perspectivas recónditas. Mas bien dicho, por medio de imágenes registra sus impresiones del mundo exterior y relata su propia historia emocional. Su imagen es sintética, destilada como una esencia sutil, cuajada en múltiples facetas, «químicamente pura» Imagen despojada, geométrica, precisa como un teorema y hecha para ser captada totalmente por los ojos, sin intervención de la voz, menos del canto. Poesía visual, en esquemas, donde se adivina el trabajo de la mente y la aportación de la cultura. De una cultura conquistada a fuerza de las más altas disciplinas y de la poda severa de lo espontáneo y lo exhuberante.

El ojo del poeta sigue el contorno del mundo material, aprisiona su ser profundo y verdadero, lo guarda cuidadosamente hasta su cristalización definitiva y lo devuelve luego en categoría de pensamiento. El sentido del color, el humorismo—un humorismo que resuma apenas de algunos poemas—, la construcción de lo arbitrario, se nos manifiestan discretamente en imágenes compactas. He aquí una cristalografía de *Destierro*.

Imágenes de color:

Todo el invierno ha llegado en esta carta
de Rusia.
(Pág. 21)

la ternura de una toronja en el país de un
frutero vacío.
(Pág. 22)

la hoja de la retama
contaba el color del tiempo.
(Pág. 31)

y la soledad de la garza se multiplica de
pronto por la frecuencia del mirlo.
(Pág. 33)

Batallas del sonido contra el aire,
de la voz contra el eco, del calor
contra la geometría del diamante.
Te encarcelaré con triángulos, fulgor.
(Pág. 44)

en que los automóviles estampan
tropeles de fantasmas
sobre paredes de papel poroso.
(Pág. 95)

(Aquí pasa una sombra de Rafael Alberti.)

Humorismo, casi podríamos decir también sentido de lo que los franceses llaman *bizarre*, hay en la siguientes imágenes:

La Tierra cuelga del clavo
en que la colocó una mañana de invierno
el señor Laplace.
(Pág. 102)

Qué metálico Dios
¿en este mar de nieve en que me lanzo
ordena
la pesca de mi cuerpo destrozado?
(Pág. 119)

La Tierra está pendiente del capricho de
un jugador de billar.
(Pág. 55)

[1] Jaime Torres Bodet: *Destierro*. Editorial Espasa-Calpe. Madrid. 1930.

Y no hemos traído del Diluvio
una sola tarjeta postal.
(Pág. 103)

Imágenes de lo arbitrario, invención pura:

Se oyen pisadas que no se acercan, testigos
que no declaran, tambores que no redoblan,
cornetas
en que el ejército aguarda la orden de un
emperador fusilado.
(Pág. 15)

en que se oye el gemido de la puerta de
plata que cierra
un Arzobispo demente sobre una iglesia de
llamas.
(Pág. 24)

Para que no pidamos socorro a los ángeles
el Ladrón de Bagdad ha cortado las venas
de los teléfonos.
(Pág. 103)

Estas imágenes de juego ágil, desfilando sin fin en una pista transparente y vasta, hacen que su creador ocupe un lugar señalado en el panorama literario hispanoamericano de hoy, donde le vemos pensativo, asomado a una alta ventana, con la raíz del sueño marcada en la frente. El notable hispanista y crítico francés Pillement dice: «Torres Bodet es el Giraudoux de lengua española, con toda su invención, toda su exquisita libertad, su emoción discreta y su sonrisa tierna y cómplice.»

Disciplina.—Lo que aprendemos sobre todo, en el último libro de Torres Bodet es la disciplina poética. Todas las voces confusas que pugnan por escaparse de la garganta del hombre, son ahogadas por el poeta para dar salida solamente al canto organizado y limpio. Su poesía es una construcción diáfana e inteligente, cuyos elementos se superponen en equilibrio perfecto hasta lograr la estabilidad y la altura premeditadas. El constructor trabaja en andamios de maravilla y con niveles de luz. Toda su obra está bañada en el resplandor de la creación intelectual.

En nuestra América, donde aún subsisten el énfasis y la declamación ampulosa, al amparo de los pseudocríticos que proclaman que la poesía *genuinamente americana* debe ser grandilocuente, la obra poética de Torres Bodet es un ejemplo. Ejemplo y modelo del control que la inteligencia debe ejercer sobre el impulso lírico. La poesía a gritos, la «poesía en bruto», si se nos permite la expresión, está en derrota ante la poesía civilizada. La aparición del poema culto es ya, felizmente, una realidad en muchos países hispanoamericanos.

En el México admirable de hoy se hallan, al lado del claro maestro Alfonso Reyes y del autor de *Destierro*, el Carlos Pellicer de *Camino*—que es una vía real hacia la plenitud—, Ortiz de Montellano, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, González Rojo. En Cuba, Juan Marinello y ahora Eugenio Florit. En Colombia, Luis Vidales, Castañeda Aragón. En el Perú, el interesante César Vallejo, Alberto Hidalgo, Guillén, Xavier Abril, Martín Adán y otros. En Chile, el profundo Neruda, Salvador Reyes, Juan Marín, Guerardo Seguel y muchos más. Jorge Luis Borges, el *ramoniano* Oliverio Girondo y Leopoldo Marechal en la Argentina. Y así casi en todo el casillero continental.

Jaime Torres Bodet es también, y sin ceder en calidad al poeta, un prosista magnífico. *Margarita de Niebla* y la *Educación sentimental* son obras ricas en contenido estético. Aun en la materia más ancha de la prosa trabaja Torres Bodet con una preocupación arquitectural. Espíritus de la talla de Benjamín Jarnés afirman que estos dos libros colocan a su autor «en la más firme jerarquía del idioma castellano».

Nuestro poeta llegó a playas españolas con un bagaje de libros y un espíritu madurado al calor de la concentración y el estudio. Tuvo que esforzarse y batallar contra una «muralla de hombres» para dejar ver la luz que traía en la frente. Ya lo dice él mismo: «He tenido que aprender a nadar en una competencia de náufragos.» Luego, su obra se impuso. Las mejores revistas de Occidente la comentaron con elogio. Los críticos españoles señalaron al recién venido puesto de honor entre los jóvenes. Y ahora es el poeta que nos hace la más aguda insinuación de esta hora con su *Embarque hacia la Geometría*, que es el viaje hacia las líneas disciplinadas, la perfección, la nitidez y la medida. No hay duda que allegará innumerables espíritus su propaganda de belleza, su mensaje de sobriedad y de altura. Jaime Torres Bodet es el embajador de la nueva poesía hispanoamericana en España.

Jorge Carrera Andrade

Barcelona, Abril de 1931.

La nueva poesía chilena

= Envío de *Alberto Guillén* =

El acento subjetivo domina. Con los ojos iluminados por el fulgor interno viven i cantan estos nuevos de Chile. Pocos reflejan su montaña. Muchos mueren jóvenes, como consumidos por la sagrada llama. Cuando el paisaje aparece, en esta poesía de claroscuro íntimo, es esta vagubunda emoción marinera que empenacha la canción de metáforas traídas por algún viento pirata.

I esta característica emocionante: abundan las poetisas. Como si la mujer chilena, que tantos dones tiene de bondad i belleza, naciese ya con el agobio de un alma musical i meditabunda.

Alberto Guillén

Santiago de Chile. Ahumada, 351.

HE VIVIDO...

He vivido
no sé cuanto tiempo
dormida,
dormida sobre tu cariño.

Del fragor gigante de la vida
no llegó a mis oídos
más que un rumor lejano.

Apretada a tu pecho,
yo no supe
sino que éramos dos en el mundo.

Con los ojos cerrados a todo
yo vivía mi ensueño.

I esta noche,
de nuevo la soledad
se ha abierto camino hasta mí.

Lumbre de inquietud
me lanceó los ojos
i otra vez vuelvo a ser
una cosa exaltada como antes.

En el embrujamiento de la noche,
en el pavor obscuro del silencio,
vuelvo a entrar en el ritmo de las cosas
i me encuentro yo misma.

I, tal vez soi más tuya,
porque soi más triste.

Julia Benavides Hubler

TU Y YO

Cuando me hallaste estabas en mi
eras mi destino i fué así.

Caminaba junto a ti i nada vi,
yo sólo sé que te sentí.

Te fuiste, te fuiste i no supe
porque estás siempre en mí.

La vida camina, se van todos,
i tú caminas en mí.

Marchan sin rumbo almas, almas
mi ser anda junto a ti.

Una sola alma deja el destino;
tú i yo estamos siempre aquí.

Salen las albas sobre los dos
caen sombras en ti en mí.

El polvo cruje en nuestro paso,
solloza ausencias, llora por ti,

viene a golpear mi cuerpo cálido,
golpea también cerca de ti,

sólo un deseo agrio persiste
que el polvo venga a cubrirme a mí,

porque al cubrirme eternamente
también así te cubre a ti.

Gabriela Huneus

POEMA DEL DIA

El viento del alba tumba de costado
a la cruz del sur tras de mi casa
i alza la mañana su diamante puro sobre la tierra
aún azul.
El viento desenreda los árboles con sus dedos
frescos.

Con la mejilla sobre la almohada te veo
dormir:
en tu pecho que sube i baja va mi corazón,
con remo seguro por la viva corriente.
No soi ya la virgen, soi tu esposa i el sol
rompe su pecho de oro en nuestro cuarto. Reimos.
Es el día.

Mi casa está tendida al sol este verano:
dulce la faena la hago en un canto.
Mis manos preparan para tí i sabias
i ágiles van i vienen.

Por las anchas ventanas entra la luz,
cantando con el viento,
i tiembla sobre mis hombros mientras camino.
Nuestro almuerzo alegre
es un montón de hortalizas, de frutas i de besos.

Asomó el mediodía su rostro ardiente
dentro del patio.
En el triángulo de sombras del muro de ladrillos
se arrullan dos palomas.
Su arrullo es profundo de amor i de verano.
Cae un chorro de agua i los gorriones
picotean, saltan i gritan.

Sola, mis párpados sienten la frescura
de la tarde blanca.
Una estrella, dos, tres, mi corazón sale a esperarte,
asomado a la esquina, no te ve venir.
Mis manos se detienen mientras mi cabeza escucha.
Cuatro, cinco, seis estrellas me dice
el vidrio de mi ventana ¡i él?

Él viene caminando hacia mi casa.
Dulce calor de mis labios.
Mi cabeza en tu pecho:
me empino para alcanzar tu boca.
La tarde te devuelve a mí i somos
un solo corazón que entra a soñar
en el obscuro pensamiento de la noche.

María Baeza

CAMPESINA

Un trozo
de tierra morena,
esponjoso i blando
es tú rostro.

Un fruto,
que se comba rojo
maduro i fragante
es tu labio.

Tus ojos
tienen la negrura
del monte de noche.

Tus largas pestañas
son como las sombras
que en la noche bajan
sobre la montaña.

Cisterna
henchida de ritmo,
tus fuertes i suaves
caderas,
i tú, campesina,
toda eres un salmo
que canta a la vida!

María Peralta

SUS MANOS

Mi ternura, que es alta como un monte
baja, como la sombra, hasta sus manos.

Manos que sueño eternamente mías
bajo el blando reposo de sus besos.

I su cabeza que besa el otoño
con sus dolientes oros,
dormida en mi regazo como un niño
cansado de charlar con las estrellas.

Mi ternura, que es alta como un monte,
baja, como la sombra, hasta sus manos.

Manos serenas, fuertes. Sugestiva
madeja de silencios.
Tesoneras
derribarán la torre de mi orgullo
i no sabré más quererlas.

Lucía Condal

LOA A LAS GENTES DEL CAMPO

Bajo la azul mansedumbre del cielo,
sembrando granos o atando gavillas,
o dándoles agua i amor a las flores
pasan su vida las gentes sencillas.

Saben canciones antiguas i tristes,
i en sus cansadas pupilas se queda
la ancha visión de los campos de trigo,
del llano blanco i la verde arboleda.

No hai inquietud que en sus almas florezca,
no hai ilusión que les vende los ojos.
Aman con clara ternura lo humilde:
gleba i maleza, guijarro i abrojos.

Gozan con ávida unción de la sombra
fresca i sutil de los árboles buenos;
i en afanosa jornada reciben
besos de sol en sus rostros morenos.

I hacia el hogar luminoso i lejano
por el camino de todos los días,
al terminarse la dura labor,
van con las ásperas manos vacías.
Hacia el hogar luminoso i lejano
por el camino de todos los días.

Romeo Murga

LA NIÑA DEL LAGO

La niña del lago con su talle de jazmín,
huye como un niño visto en un espejo convexo.
Las estaciones deletrean sus pasos
i una deja en cinta la fruta de los trigales . . .
La niña del lago con su talle de jazmín,
huye con su rubieza de espiga,
para no dejar un recuerdo pálido en el bosque de las rosas.

Los ríos, bajo la noche, al verla pasar,
retienen las barcas de las estrellas.
I en las madrugadas de las orillas
emergen como golondrinas.

Las mujeres de redondos senos la esclavizan con sus canciones.

Tulipán bajo la lluvia.
I los hombres la besan en los ojos. I al mirar al cielo
ven columpiarse a la luna buscando las estrellas
i su dolor es humo negro i el mundo eternamente de noche.

Orestes Plath

INSOMNIO JUNTO AL ALBA

En vano imploro al sueño el frescor de sus aguas.
Auriga de la noche . . . (¿Quién llora a los perdidos?)
Vuelca la luna sobre su piel el viento, mientras
que de la sombra emerge la claridad de un trino.

Tambalean las sombras como un carro mortuorio
que desgaja en la ruta el collar de sus piedras;
e inexplicablemente crujen todas las cosas
flexibles, como un arco palpitante de flechas.

Amor de cien mujeres no bastará a la angustia
que destila en mi sangre su ardoroso zumbido;
i si de hallar hubiera sostén a su esperanza,
piadosa le sería la voz de un precipicio.

Volcó la luna sobre su piel el viento. Suave
fulgaración de nieve resbala en los balcones;
i al suplicarle al sueño me aniquile, los pájaros
dispersan un manojo de luz en sus acordes.

Luis Omar Cáceres

MADRIGAL FRAGIL

Parece que vinieras o del lecho o del baño,
envuelta en delicado sueño o acariciada de frescura.
Una mano de suavidad te repasa i te da contorno.
Delgada niña que has crecido
de lirio blanco.

Qué gavilla de claros elásticos tu cuerpo.
Cómo se estiraría entre mi amor i mis brazos.
I mi voz describiéndote,
cómo se estiraría
uniendo con sonoras luces
lejanas puntas del espacio.

Pero con qué cuidado yo te amaría débil niña.
Con el cuidado del fakir que acaricia su esfera mágica.
Con el sigilo con que la mañana entra en tu cuarto
cuando aun duermes,
temiendo dañar los hilos de cielo de tus venas.
Siempre amándote de una vez
como si me fuera a morir.

Usaría un lenguaje pequeño para hablar todas las cosas
i con una manera de venda, suavemente, te iría rodeando.

Qué temporal de hilas tan liviano
contengo para ti delgada niña.

Julio Barrenechea

OMEGA

Te miro, desde las balaustradas de la ausencia,
abajo, junto al río,
bailadora en la ola de tu sonrisa.

Yo iba a esperarte con una violenta sed inquieta,
sorteaba en mi roca de inmovilidad
las invasiones de odio,
i detenía en mis manos los presentimientos
como bandadas de súbitos guijarros.

Venía alta i joven, girasol de elegancias,
allá lejos, tan lejos, jocundo meteoro,
andarivel alegre cantando hacia la nada.

Te amaba mucho más con el vestido negro.
De pronto arreciaba la lluvia
de tus lijeros pasos infantiles,
i caías, pesada i sin control,
sollozo de seda entre mis brazos.

Mi amor de niño lamiéndote el cansancio,
como las hierbas pálidas debajo de las piedras,
mis besos por tus brazos, claros ríos de estrellas,
i tu mano, alga blanca
naufraga en la marea de las caricias hondas.

Pero luego la noche, filtrándose en tu asencia,
la angustia manando en tu vacío
como el agua en tus huellas,
yo solo llevando en alto cuidadoso las manos
que innundó tu fragancia, dos ramos de cerezo;
los recuerdos lejanos
fiesta dispersa de luna de papel
que los niños lanzaron en un guijarro contra el cielo.

Agusto Santelices

POEMA

Todo lo puro tiene alma de viento blanco
i se lleva por fáciles vías con alas de ángel.
La novia, su anillo, su corpiño, su junco,
i sus zapatitos de piel de durazno.

La aurora cayendo a copos sobre el pecho
me dió hoi mismo su libro de estampas,
i ahora tengo en la jardinera de mis manos
cien campanas mayores i una flor de palacio.

Valioso es este diamante de todos los colores,
pero no sé dónde lucirlo cada día.
¿Para que no se marchite lo pondré en el agua?
¿o me lo ceñiré tal vez como anillo?

Ah, colúmpiate en el cielo, sé la hoja que canta,
pequeñita sin hacer número en el aire,
para ver cómo es que se empina la espiga
cuando el sol en su carrera la bendice.

I ven a mi lado, seré bueno para quererte
i te haré una rosa de luz en el pelo.
Mi ventana del alba, al recibir tu trenza
cantará su pastoral hasta la montaña.

Todolo puro tiene alma de viento blanco
i se lleva por fáciles vías con alas de Angel.
Sayita, tú eres buena, tú, avemaría
i al borde de mi balcón tu clavelina.

Juvencio Valle

Estampas

— Colaboración directa —

Qué hay de nuevo?...

Hablemos del poder moral de la juventud y no de si se ha prohibido cortarle el rabo a los perros

Todos invariablemente nos preguntan al encontrarnos qué hay de nuevo por el interior. Ya estamos abrumados de oír y de responder siempre la misma cosa. Nos hemos acordado de Heine cuando se burló del aldeano que le hizo igual interrogación. Al salir yo de la ciudad —le dice—se había publicado un decreto prohibiendo, bajo multa, cortar el rabo a los perros. Por qué? Sencillamente, porque si los perros llevan el rabo entre las piernas, rabiosos están y se les distingue de los no rabiosos, cosa imposible cuando cerecen de rabo.

Si al menos esa curiosidad buscara motivos de reflexión! Pero es malsana y quiere el chisme, la habladuría, la simpleza. De eso vive y por eso asedia al forastero. Ninguno se ha interesado, por ejemplo, por conocer la etapa actual del problema eléctrico. El puerto tiene luz y fuerza y con eso basta. No hay cuestión eléctrica para esta población que pregunta invariablemente por las novedades del interior. Como no existe tampoco cuestión de ninguna naturaleza. Heine universalizó su respuesta. No pueden interesar a las gentes ciertas inquietudes que las lleven a pensar... Sería ridículo hablarles en vez de la prohibición de cortar el rabo a los perros, de la necesidad de que en Costa Rica los llamados jóvenes—edad que aquí se extiende desde los veinte a los sesenta años—se conserven como un poder moral. Y cuánta falta hace insistir en tal proposición. Realizando un anhelo así todos nuestros problemas, grandes y menudos. recibirían un trato diferente. Pero no cabe una estridencia en la uniformidad monótona de nuestro medio. El poder moral de la juventud no existe.

Cree esa generación de los veinte a los sesenta, que puede tener poder político. Engaño tremendo. Por esta quimera ha sacrificado lo único que la haría respetable, que le daría significación real en los destinos del país. Si constituyera una fuerza moral apreciable, sería a la vez un freno para todas las ambiciones desatadas por unos hombres insaciables de gloria, de mando, de adulación palaciega. Se volvería el pensamiento a esa generación esperando oír de ella el consejo puro y orientador.

Pero la posición ventajosa que en todos los pueblos están destinadas a ocupar las juventudes, en el nuestro no parece conquistada, sino deshecha por veleidades. por ambicioncillas. Y es que no se va más que tras el camino fácil. En realidad una posición moral requiere un gran poder de sacrificio que no todos tienen. Ante la conveniencia capitulan centenares de vidas. El logro de un honor, de una granjería acaba con muchos pedestales.

Comprendamos que aquí la juventud corre de los veinte a los sesenta, para no limitar las debilidades y los yerros a la edad más temprana. Pero llevemos también la comprensión al hecho de que cuando capitulan es uniforme el paso que marcan. Hay una nivelación pareja. Explica esto la preponderancia que ejercen algunos hombres. El espectáculo que han tenido siempre ha sido el de una y otra generación blanducha a sus caprichos. Han podido esos hombres cometer los yerros más grandes y nadie les ha pedido cuentas. A lo que más se ha llegado es a escarnecerlos y con el escarnio no se crea nada; muchas veces, la generalidad de las veces, sólo se prepara la capitulación vergonzosa. Si esos hombres hubieran contado con juventudes de gran fuerza moral, habrían quedado liquidados definitivamente. No habrían podido seguir mintiendo, simulando amor por los intereses vitales de la nación. ¿Qué les habrían dicho, por ejempl, al ver estropeada y en regresión lamentable la Educación de un país por la cual prometieron velar con sincera devoción? Ah! pero si algo han oido ha sido de voces aisladas, mientras del otro lado un coro enronquecido, o un silencio de páramo, respondían fatalmente. Han tenido sólo escarnecedores, materia fácil a la conversión. Y al escarnio han opuesto indiferencia, desprecio reprimido.

Porque han conocido cómo es de blanducha la materia del escarnecedor, es que los hombres cuya preponderancia sigue pesando en la vida del país, no abaten sus ambiciones. Todas las vidas preparan la justificación de los yerros de tales hombres y en determinado momento vomitan el arrepentimiento. Al censor sí lo temen, porque a este le nace su censura de principios. No es individuo de circunstancias. El país, para quien censura honradamente, no es algo que pueda estropearse sin que nazca inmediatamente una responsabilidad grande. Y la exige severamente. El escarnecedor en presencia de un yerro, hace aspavientos, tira polvo hacia arriba. Lo que persigue es el escándalo, la sombra que produzca una tiniebla pasajera. No quiere darse cuenta de los males terribles del yerro cometido en daño de los valores de una patria. En la mayoria de los casos, ni siquiera repara en yerros, sino que se entretiene en simplezas. De aquí el modo fácil con que capitula y se entrega a los que llenó de oprobio.

Pero si realmente hay en nosotros anhelo por una patria sin ataduras, trabajemos para crear en cada generación una gran fuerza moral. De la prontitud con que aparezca está pendiente la estabilidad de la patria como cosa que tiene un sentido de decoro inconfundible. No podemos dejar que los intereses grandes de la nación mengüen tanto hasta ir quedando con aspecto de bien abandonado. Librémonos del poder de ciertos hombres que los estropean. Combatamos a esos hombres, pero en un combate limpio que nos libre de la actitud mental y moral del escarnecedor. Fundemos la lucha en principios. La electricidad nacionalizada ha de constituir aspiración de nuestra vida, porque ella es la energía de un futuro que alborea, y sólo libre de dueño que la explote para esclavizar, podrán los pueblos desenvolverse en un bienestar grande. Si no lo comprendemos así, entonces más que luchadores recios, seremos curiosos infelices en una pelea que exige una gran capacidad de sacrificio. Nos volveremos escarnecedores de aquellos hombres que ciegos para vislumbrar un mundo que no será de ellos, están empeñados en abrir al amo extranjero el dominio perpetuo de nuestra electricidad. Y hay necesidad de limpiarse de esa mancha, mejor aun, de no adquirirla. No nos han de ver arrodillados ante quien señalamos como enemigo del desenvolvimiento libre de la patria. El principio de la electricidad nacionalizada tiene que dar a nuestras vidas un gran fervor para luchar contra el inmenso poder exterior que mueve su satanismo para cogernos y hacernos presa de su esclavitud. Y como éste, muchos otros principios por los cuales los hombres escarnecidos no han tenido nunca devoción ni respeto. Constituyamos una gran fuerza moral dentro del país, para que estos hombres comprendan que no todo es escarnio. Es preciso que el contraste se produzca. Volvamos la mirada hacia los poquísimos hombres que sienten devoción por los principios. No se diga que en esta bancarróta no existen esos hombres. No cometamos esa injusticia con el país.

Y si los buscamos que sea para aprender de ellos a ser fieles a los principios, sin los cuales somos náufragos. Cuando haya censura verdadera, cuando ciertos hombres sientan que si hoy se les repudia por estar favoreciendo los intereses que dañan la vida libre del país, no es para elogiarlo días después. Es de necesidad que quien vacila en la defensa de los intereses de un pueblo, está condenado al desprecio. No puede dejársele en el disfrute de una posición noble en el país. Los griegos nos señalaron hace siglos el ostracismo como forma de justicia popular. Revivámosla, pero sin otro sentido que el de expulsar de nuestros corazones a todos los que dañen la seguridad de la patria. No volverán a tener sitio en ellos, con lo cual habremos iniciado el comienzo de esta era en que las generaciones tengan una gran fuerza moral que hacer pesar en la vida del país. Aplicando ese ostracismo más fuerte que la privación del dominio geográfico, lograremos un trato honrado para todos los intereses vitales de la nación. Porque como van las cosas, nada augura una bancarrota que nos pondra pegados a la esclavitud de poderes exteriores que viven en acecho fiero e impaciente.

Preocupémonos por conocer lo que vaya ocurriendo en el país, por sus novedades, pero hagámosnos dignos de una respuesta que no sea la del rabo de los perros. Preguntemos no para curiosear, para saber la murmuración malsana, sino para estar cada día al tanto de que no hay canallas que estén pudriendo la vida decorosa y libre del país.

Limón y agosto de 1931 — *Juan del Camino*

de Francia. Se descubrió la conspiración y van den Ende murió en París, en la horca. Van den Ende había hecho leer a su discípulo, según parece, las obras de Giordano Bruno. A Bruno la Inquisición lo había hecho quemar a fuego lento en el 1600.

Importante también es este detalle. Van den Ende tenía una hija única, de lindo nombre. Se llamaba Clara María. Clara María tenía una gran aptitud para el latín. Cuando su padre estaba indispuesto, u ocupado en otras faenas, ella ocupaba su lugar frente a los discípulos. Spinoza se enamoró de ella. Se fue enamorando de ella viéndola crecer. Cuando él abandonó su residencia en Amsterdam, por circunstancias que veremos, él tenía venticuatro años y ella doce. Colerus, en su vida del filósofo, asevera que "Spinoza frecuentemente confesaba que se casaría con ella". No se casó con ella. Se casó con ella, en el 1671, un tal Kerckkrink. Y no hay mujer ninguna más que haya tenido parte en la vida de Spinoza.

Estoy indicando las nubes todas en derredor del sol de Spinoza. Hay una más que señalar. Spinoza dió muestras de no comulgar con las creencias un tanto chatas de los judíos de su comunidad. Alarmados éstos, que grandemente le admiraban, le ofrecieron una pensión de 1,000 florines al año por acatar en lo externo la tradición judía que ellos interpretaban y por dejarse ver de vez en cuando en la sinagoga. Toda oferta la rechazó Spinoza. Por cuanto, el día 27 de julio del 1656 el Concejo Eclesiástico lo echó en anatema maranata y lo maldijo con largas y amargas maldiciones, "todas las maldiciones que contiene el Libro de la Ley". De ello Spinoza hizo poco caso. Pero una noche le salió al encuentro en callejón oscuro, y con puñal en mano, un judío fanático. Spinoza decidió cambiar de residencia, y se fue, no muy lejos de Amsterdam. Todavía soñaba con Clara María.

Todavía soñaba con Clara María. Ella tenía, hemos dicho, doce años apenas, ¡Cómo enloquece amar a una criatura de esa edad! Él tenía veinticuatro. Un grupo de jóvenes de Amsterdam lo tenían por jefe. Formaban club filosófico. Simón de Bries, Johannes Bresser, Louis Meyer, y los demás a quienes él menciona en su correspondencia. ¡Qué cariño entre ellos! ¡Qué cariño tan entrañable el de ellos por Spinoza! Simón de Bries se siente malo y comprendió que iba a morir. Quiso testar dejándole toda su fortuna, no escasa, a su amigo y maestro. Spinoza no lo consintió. Simón tenía un hermano menor y Spinoza hizo que a él le dejase todo el enfermo. El testamento obligaba al heredero a pasarle una pensión vitalicia de 500 florines al año a Spinoza. Murió de Bries y Spinoza aceptó sólo 300. Con eso le bastaba. De modo, pues, que se ha exagerado al hablar de la soledad de Spinoza después de que lo excomulgaron. ¿Soledad cuando había Clara María? ¿Soledad con amigos como

Defensa de...

(Viene de la página 88)

Simón de Bries? No. Spinoza escogió su camino. No era " para acallar su íntima infelicidad" que disertara sobre la felicidad misma, como dice Unamuno. Al contrario, lo que Unamuno cree entender por la "íntima infelicidad" de Spinoza era la felicidad real verdadera escogida de acuerdo con un entendimiento claro, preciso, matemático, que después fue tema de la disertación. Spinoza disertó sobre la felicidad porque la había hallado. Spinoza fue feliz.

"Este pobre judío portugués, desterrado en las nieblas holandesas . . ." ¡Qué horror el de Unamuno por la pobreza, por el destierro, por la niebla! Pero no es lógico deducir de lo que Unamuno sienta, por interesante que ello sea, lo que debió de haber sentido Spinoza. Spinoza probó bien la vida. Probó que hay amistad sincera. La amistad le dió a él toda su dulzura. Probó cuanto hay de dulce en el amor, y por gracia divina se libró de cargar con cruz intolerable. Supo,—consciente de la suerte de Bruno, de la suerte de Acosta, de la suerte de van den Ende,—qué es peligro(1). Siguió adelante, en la huella de éstos, y los sobrepasó infinitamente. Tuvo la alta virtud del valor. Y porque fue valiente, excepcionalmente valiente, fue libre, excepcionalmente libre. Así lo hubiesen quemado vivo, habría sido libre y feliz.

Pero Unamuno cree que no. Unamuno cree que toda la filosofía de Spinoza "no fue sino una consolación que fraguó para esa su falta de fe" en la inmortalidad personal, y para su falta de felicidad y de libertad. Yo creo lo contrario. Creo que los mártires cristianos no fraguaron su credo para consolarse en medio de los dolores del martirio, sino que los dolores del martirio fueron para ellos como si nada, por virtud de su credo. Yo creo que, puesto que Spinoza pudo haber escogido otra suerte, conscientemente prefirió ser feliz y libre. Y que, sobre su libertad y su felicidad, erigió su edificio filosófico, el más noble de cuantos el hombre ha concebido. "Leed su *Ética*", dice Unamuno, "como lo que se, como un desesperado poema elgíaco, y decidme si no se oye allí, por debajo de las escuetas y al parecer serenas proposiciones expuestas *more geometrico*, el eco lúgubre de los salmos proféticos". Ya en 1910(2) había señalado Santayana, con respecto a Spinoza, *"a sort of elegiac sentiment—what de Psalms express"*. Pero es el tono, también, del Sermón de la Montaña. No hay en la *Ética* nada de "desesperado", nada "lúgubre". Y, repito, ni Jesús ni Spinoza fueron infelices. "Como a otros les duele una mano o un pie o el corazón o la cabeza", dice Unamuno, "a Spinoza le dolía Dios". A Unamuno lo que le duele es Spinoza, y cerca si no en todo el corazón.

Dos días más y he de dejar este apacible apartamiento de la casa de Gissing. De seguro que volveré sobre los innumerables motivos que Spinoza me sugiere. Dos días más y cargaré de nuevo con la albarda de profesor en mi entenebrecida Escuela. Y fuera de la Escuela habrá sólo el remolino insulso y bruto de la lucha política, en los clubs, en las esquinas, en las pulperías-tabernas. La figura del viejo cacique cartago lo oscurece todo, todo lo amarga, todo lo agría. Hay una enseñanza de Spinoza que no quiero, pues dejar de recordar en todo momento. "Para poder investigar la materia de esta ciencia",—dice en el capítulo i, párrafo 4, de su *Tratado político*,—para poder investigar la materia de esta ciencia con la misma libertad de espíritu que generalmente empleamos en las matemáticas, cuidadosamente he laborado por no burlarme, no lamentarme, no execrar, sino entender las acciones humanas; y a este fin he mirado a las pasiones,—tales como el amor, el odio, la ira, la envidia, la ambición, la conmiseración, y las otras perturbaciones de la mente,—no a la luz de vicios de la naturaleza humana, sino como propiedades que le son exactamente tan propias como a la naturaleza atmosférica el calor, el frío, la tormenta, el trueno, y las demás por el estilo: fenómenos que, aún cuando inconvenientes, son necesarios, y tienen causas fijas, por medio de las cuales nos esforzamos por entender su naturaleza. El intelecto tiene tanto goce en verlas rectamente como en probar aquellas cosas que halagan a los sentidos".

Persiles

Casa de Gissing, julio, 1931.

(1). "¿Qué mayor desgracia puede concebirse para un Estado,—escribe en el capítulo XX del *Tratado Teológico-Político*,—que el echar fuera de la patria como si fuesen criminales, a hombres honorables, porque alientan opiniones diversas que no pueden enmascarar? ¿Qué, digo, podrá causar mayor daño que el trato de enemigo que se dé a hombres que no han cometido crimen, ni maldad alguna, por el solo hecho de que son ilustrados; y que se les dé muerte, y que la horca, terror de malhechores, se convierta en plataforma en la que los más altos ejemplos de la tolerancia y de la virtud se expongan ante el pueblo con todas las marcas infamantes que la autoridad puede inventar?"

(2). En la Introducción a la edición de la *Everyman's Library* (Dent and Sons, Londres) de la *Etica* y *De intellectus emendatione* en la versión inglesa de A. Boyle.

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica